SAN PEDRO DE ALCANTARA

REFORMADOR DE LA ORDEN FRANCISCANA

(1499 - 1562)

TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

Serie
Grandes Maestros
nº 9

APOSTOLADO MARIANO
Recadero, 44
41003-SEVILLA

Con Licencia Eclesiástica.

Déposito Legal: B-40.265-91
ISBN.: 84-7770-223-3
Impreso en España - Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

A fines del siglo XV gobernaba la ciudad de Alcántara un magistrado llamado Alonso Garavito. Este nobilísimo varón era asimismo sabio jurisconsulto. Con la dignidad de su vida y excelente administración y gobierno, corrían parejas su caridad con los pobres y protección de sacerdotes y religiosos. Se casó con una virtuosa y noble doncella, doña María de Sanabria y Maldonado.

De tan ejemplar matrimonio nació, el año de 1499, un niño a quien llamaron Juan. Otro hijo, llamado García, murió en la cuna, y a poco falleció también cuando Don Alonso no tenía aún diez años. Su madre se casó entonces con un varón no menos noble, Alfonso Barrantes.

Ya en su niñez empezó Juan Garavito a dar señales de las eminentes virtudes que había de practicar durante toda su vida. Siendo de diez años de edad, rezaba largas oraciones mañana y tarde, hincado de rodillas en el oratorio de su casa. Su madre le supo infundir grande afecto a la Reina de los Angeles. Merced a su natural manso y pacifico y a su raro y vivo ingenio, se ganó el cariño de cuantos le trataban. Era su mayor gozo rezar en las iglesias; cada tarde, al volver de la escuela, entraba en alguna para cumplir sus devociones. En una de estas visitas quedó tan profundamente arrebatado en espíritu, que el criado que le buscaba no pudo ni con signos ni con palabras hacerle volver en sí.

Estudiante ejemplar - Francisca

Viendo Alfonso Barrantes los notables progresos del niño en el estudio, determinó hacerle seguir cursos superiores, y así, el año 1513 le envió a la Universidad de Salamanca.

Juan se hospedó en casa de una honrada familia cerca de la iglesia. Se acostumbró a levantarse temprano y pasaba orando toda la mañana hasta la hora de ir a cátedra. En las comidas gustaba ya de observar la abstinencia y mortificación de que dará más tarde asombroso ejemplo. Con visitar a los enfermos de los hospitales y tratar con los eclesiásticos, tenía bastante recreo y descanso. Cada tarde examinaba su conciencia y, siendo estudiante, usaba ya cilicios, disciplinas y otras asperezas.

Huía con extremado cuidado de las malas compañías; evitaba escrupulosamente las conversaciones frívolas, y, sobre todo, se señalaba entre los estudiantes por su modestia y compostura, virtud esta que practicó siempre con extraordinaria perfección.

Dos años llevó el virtuoso joven este modo de vida, pidiendo a Dios sin cesar que le mostrase el camino de su voluntad. Inspirado del cielo, determinó consagrar totalmente su vida al Señor. El año 1515, siendo de dieciséis años de edad, entró en los Franciscanos Descalzos reformados por Juan de Guadalupe y conocidos con el nombre de Frailes del Santo Evangelio o de la Capucha. No había a la sazón, conventos donde se observase más rigurosamente la regla seráfica.

El Padre Miguel Rocco, pariente del Santo, era por entonces Guardián del Convento de los Majarretes. El postulante dejó secretamente la casa paterna, sin otro alimento que la sagrada Eucaristía, que recibió al salir de Alcántara. Llegó en esto a orillas de un río, crecidísimo con las lluvias; ni había puente, ni podía vadearse con barca por la fuerza de la riada. Empezó el Santo a rogar a Dios, y, de repente, sin ver ni entender quién que le llevabase halló a la otra orilla con los pies enjutos. Prosiguió el viaje en ayunas, y llegó al convento de los Majarretes, situado en las escabrosidades que separan a Extremadura de Portugal.

El Padre Guardián tuvo aquello en un principio por una

calaverada del muchacho; pero sondeando la conciencia de su pariente se convenció de que aquella determinación estaba inspirada del cielo y así le dio de buena gana el hábito franciscano. Desde ese día mudó su nombre por el de fray Pedro, seguido del de su ciudad natal de Alcántara, como suele hacerse en la Orden. En el tiempo de su noviciado, le atormentó el demonio con tentaciones sin cuento; pero con las armas de su ardiente fé, encendido amor de Dios, oración y mortificación, logró salir victorioso de todas.

Superior a los veinte años

Desde el primer día resolvió no mirar a nada ni a nadie sin absoluta necesidad. Pasaba por todas partes con los ojos bajos y el espíritu enteramente absorto en Dios; empleaba la inteligencia para meditar cosas celestiales, y la memoria para recordar y considerar los divinos misterios. Pasado el año de noviciado, no sabía si el techo de su celda era de cielo raso o de teja vana; tampoco miró nunca la bóveda de la iglesia del convento. Vivió cuatro años en otra casa de la Orden sin ver un árbol plantado en el patio Tenía tan prodigiosa memoria, que no necesitaba abrir los ojos para rezar el oficio, y se sabía de memoria la Sagrada Escritura. Desempeñó con extraordinario celo los humildes oficios del noviciado; fue sacristán y enfermero, y aún le ocuparon en tareas harto duras y pesadas; en todas se mostró ejemplar novicio.

Profesó al acabar el año y le enviaron al convento de Belvís; dos años permaneció allí viviendo como solitario en una choza que se arregló él mismo con ramas y hojas. Tanto resplandecía su virtud que, aún antes de recibir los sagrados órdenes, los superiores le empleaban en oficios y ministerios delicadísimos, y sus mismos compañeros le consultaban como a Padre espiritual . Por entonces empezó a trabar amistad con el conde de Oropesa, sobrino del Padre administrador del convento de Belvis y más adelante insigne bienhechor y fundador de la Estrechísima Observancia.

Siendo de sólo veinte años, el Capítulo de la Custodia o provincia de Extremadura le nombró Guardián del recién fundado

convento de Badajoz. Allí tuvo el primer éxtasis de su vida. Pronto se echó de ver el espíritu de profecía y la fuerza sobrenatural con que el Señor le había favorecido. De ello traen los historiadores testimonios irrecusables.

En 1522, le ordenaron de subdiácono con mucha repugnancia suya, por el bajo concepto que de sí tenía. A los dos años, no obstante su deseo de permanecer diácono a ejemplo de San Francisco, recibió el sacerdocio de manos del obispo de Badajoz. Cada vez que celebraba lo hacía con mucha devoción, y, a menudo, quedaba arrebatado en éxtasis.

Mandólo el Provincial que predicase hallándose él presente, y fray Pedro lo hizo con tanto acierto, ingenio, espíritu y ortodoxia, que ya por aquel primer sermón se echó de ver el maravilloso fruto que obraría con la predicación. Estas admirables prendas que sólo mostró por obediencia, fueron parte para que le nombrasen Guardián del convento de Nuestra Señora de los Angeles de Robledillo Era de los más pobres monasterios de la Orden, tanto que ni había claustro. Pero poco importaba esto al Guardián, que delante de todos los frailes recibía de mano de los ángeles el sustento de su comunidad, cuando faltaban las limosnas de los fieles.

Misionero.- Doctor místico

Tres años después, el Padre Provincial le envió a predicar como misionero a la provincia de Extremadura. El Santo dejó el convento de Robledillo, llevando consigo sólo una cruz y los santos Evangelios. Allí renovó las prodigiosas conversiones de los primeros Apóstoles. Al oirle, se conmovían las gentes y las almas se convertían al Señor. Hacía fabricar cruces de madera y, llevandolas él sobre sus hombros, las colocaba en lugares eminentes y cumbres de los montes, adonde subía acompañado de mucha gente. El Capítulo general del año 1537 otorgó al celoso misionero lo que más deseaba: diole licencia para retirarse y hacer vida eremítica en el convento de San Onofre de Lapa.

Aquí escribió más tarde el Tratado de la Oración, y recibió entre otras visitas, la del venerable y sin par escritor fray Luis

de Granada. El Tratado de la Oración se publicó el año 1561; la doctrina es tan sublime, que el papa Gregorio XV dijo al beatificar al autor el año de 1623: Fué "luz resplandeciente para llevar las almas al cielo, y poseía doctrina celestial dictada por el Espíritu Santo; es el doctor e ilustre maestro de la teología mística".Entre los libros ascéticos, el Tratado de la Oración es, efectivamente uno de los más prácticos y excelentes

Poco tiempo permaneció Pedro en su amada soledad. Los superiores le sacaron de ella para que defendiese, ante el obispo de Plasencia, una causa judicial importantísima para la nueva provincia de San Gabriel. Aquí, como luego en Alcántara, apaciguó los ánimos y convirtió los corazones con sabiduría y elocuencia. Su vida fue tejido de milagros de que dieron fe testigos oculares, y que aún siguieron después de su muerte.

El rey de Portugal Juan III, deseó ver y hablar a tan eminente religioso. Por orden de los superiores Pedro hubo de pasar a Lisboa; el monarca se deshizo en honras y agasajos, pero el Santo llevó en aquella corte vida tan penitente como en el convento; y aprovechó su estancia en la capital para convertir a algunos señores principales y fundar el hospital de Nuestra Señora de la Luz.

Dá principio a la reforma franciscana

El Capítulo de los Observantes Descalzos celebrado en Alburquerque el año de 1538, eligió Provincial a fray Pedro de Alcántara. Desempeñando este cargo, emprendió la fundación de la Reforma, añadiendo a la regla de los Franciscanos de la Observancia mayor severidad y algunos ejercicios que la dejaban mudada o poco menos, en nueva regla.

El Papa Alejandro IV permitió fundar conventos de Recoletos, o frailes que podían darse a la contemplación y algo también a los ministerios sagrados, aunque con mayor reserva y recogimiento El nuevo Provincial preparó el plan de la Reforma y lo presentó al Capítulo celebrado en Plasencia el año de 1540. Pronto pudo fundar tres conventos.

Tuvo que interrumpir, sin embargo, la obra de tres fundaciones

para asistir al nuevo Capítulo general convocado en la ciudad de Mantua. Partió el Santo a pie; pero obligado por una enfermedad, tuvo que pararse en Barcelona. El General de los Franciscanos accedió a la petición de fray Pedro, y nombró por entonces al Padre Luis Carvajal, Visitador de la provincia de San Gabriel, con cargo de Comisario general.

Apenas curado, partió el Santo para el convento de La Arrábida, cerca de Lisboa, en un paraje desierto y sobre una peña cortada a pico a orillas del mar. En él vivían algunos frailes que se habían propuesto volver a la primitiva observancia. El Comisario general fue el primer maestro de novicios. Aquí echaron de ver los frailes que dormía el Santo apenas hora y media cada noche, sentado en los talones o del todo arrodillado, pero nunca acostado. La comida que tomaba, sólo cada dos o tres días, bastábale apenas para no morirse de hambre. También advirtieron que sólo tenía una túnica remendada, y que siempre andaba descalzo, sin sandalias y con la cabeza cubierta; nunca le vieron calentarse. Este fue su modo de vida por espacio de cuarenta y cinco años.

Absoluta pobreza reinaba en los conventos reformados por Pedro de Alcàntara, y aún los mismos edificios parecen hoy incapaces para alojar personas. Era tan rigurosa la abstinencia, que sólo cocinaban un día cada semana. El cocinero que solía cocer ese día buena calderada de hortalizas, y los demás días tomaba de la olla y calentaba la ración necesaria para la comida. Demasiado sabroso le parecía al santo reformador aquel frugal sustento; por eso, a lo que él le daban, solía mezclar agua o ceniza para dejarlo insípido.

Entre tanto, seguía predicando con grande fruto de las almas. El emperador Carlos V, que vivía retirado en el monasterio de Yuste desde el año 1556, tuvo noticia de la santidad del siervo de Dios y le mandó llamar para hacerle su confesor; pero el Santo no quería honras, sino desprecios, y así logró que el monarca desistiera de su propósito. Estaba a la sazón atareadísimo poniendo los fundamentos de una reforma todavía más austera con licencia del papa Julio III, a quién habló en Roma el año de 1555.

Levantáronse persecuciones, pero las venció fray Pedro con su

humildad, paciencia y confianza en Dios. Merced a la liberalidad de un generoso bienhechor, pudo edificar su primer convento cerca del Pedroso, cuna de nuevas y preclaras glorias de la Orden Franciscana. El triunfo y progresos de aquella empresa quedaron asegurados cuando el General de la Orden nombró a fray Pedro Comisario general de la Reforma. Desde ese día, trabajó para que se fundasen en España conventos de Clarisas reformadas por Santa Coleta. Algunas religiosas vinieron de la ciudad de Gante, llamadas por la infanta doña Juana, hija de Carlos V.

Mas no sólo dentro de la familia franciscana, sino también fuera de ella, extendió este admirable siervo de Dios los beneficios de su celo y experiencia. Fue el colaborador de la seráfica madre Santa Teresa de Jesús, y verdadero Padre de la Reforma del Carmen, porque San Juan de la Cruz entró en la Orden, muerto ya San Pedro de Alcántara.

Ayuda a Santa Teresa a la reforma

El año de 1560 y en Avila, vió el Santo por vez primera a la futura reformadora; una virtuosa viuda llamada Guiomar de Ulloa, ofreció a la insigne Carmelita este inefable consuelo en medio de sus trabajos y sinsabores. El Franciscano conoció luego la santidad de aquella alma privilegiada. Habló al obispo de Avila y le descubrió el tesoro que en ella tenía el Carmelo de su ciudad episcopal. Alentó a la santa Madre a la fundación de conventos de la Reforma; escribió prudentísimos avisos y consejos para ayudarle a llevar a cabo la empresa; defendió a la Reformadora ante los superiores eclesiásticos; en suma, lo llevó todo con tanta cordura y prudencia, que la Reforma del Carmen llegó a ser un hecho a los pocos años.

Muchas veces reveló Dios a la santa Madre la eminente santidad del Padre espíritual que le había dado; tuvo una aparición en la que vio a San Pedro de Alcántara diciendo misa; se la ayudaban San Francisco de Asís y San Antonio de Padua. Otra vez Santa Teresa y otras siervas de Dios vieron cómo Jesucristo en persona partía la comida que estaba en la mesa y se la daba al Santo.

El año de 1561 señaló el triunfo definitivo de la Reforma de la Estrechísima Observancia, que fue erigida en Provincia por el papa Pio IV. y cuyas Constituciones son tales que asustan con sólo leerlas. Reglas severísimas aseguran la práctica de la pobreza; el número de ornamentos y vasos sagrados, así como las dimensiones de las distintas partes de los conventos, estaban clara y cuidadosamente limitados.

La Reforma quedaba con esto fundada. En breve se dilató por España, América, y por todo el mundo. Glorias de ella fueron San Pascual Bailón, patrón de las Obras eucarísticas; San Leonardo de Puerto Mauricio, insigne misionero y apóstol del Vía Crucis; San Juan de la Cruz, los Beatos Andrés Hybernon y Gil de San José. Hijos de San Pedro de Alcántara son también cinco de los veintiséis gloriosos mártires crucificados en el Japón el 4 de febrero de 1597, el Beato Juan de Prado, quemado vivo en Marruecos el 24 de mayo de 1636, el Beato Buenaventura de Barcelona y el Venerable Juan Bautista de Borgoña.

Esta fue la obra de San Pedro de Alcántara; en ella puso todo su empeño, y los frutos fueron tan extraordinarios y copiosos, que hasta ha sido considerado como fundador, puesto que en la basílica de San Pedro se halla su estatua entre la de los santos Fundadores de Ordenes.

La Reforma subsistió hasta el año 1897, en que León XIII ordenó la unión de las distintas familias hijas de la Observancia franciscana, que se agruparon con el nombre de "Franciscanos".

No obstante sus enfermedades y achaques, fue el Santo varias veces a Toledo para consolar a algunas familias afligidas; también estuvo en El Tiemblo para ayudar a la reforma del convento de Carmelitas, y en Avila, por la misma causa. Emprendió después de la visita general de sus monasterios y fundó otros dos conventos. En este viaje alcanzó con sus oraciones el término de la peste que diezmaba a la ciudad de Alburquerque.

Muerte santísima

Hallándose el Santo en la visita general de sus conventos, tuvo que interrumpir el viaje. Padecía tales dolores y estaba tan desfallecido, que fuele menester viajar en un jumento en vez de ir a pie, como lo había hecho siempre . Estaba entonces en el convento de San Juan Bautista de Viciosa. El conde de Oropesa le llamó a su palacio para que en él descansase; fray Pedro aceptó por no poder menos, y allí llegó montado en un pobre asno.

No quiso acostarse en la cama que le tenían preparada, sino en una que le hicieron sobre unas tablas; con todo, obedeció al médico que le asistía, y tomó los alimentos y remedios por él prescritos. Sin embargo de todos los cuidados se agravó su mal sobremanera, y como el Santo deseaba morir entre sus religiosas, se hizo llevar a su convento de Arenas, a pesar de las instancias del conde. El Guardián lo trasladó a una casita perteneciente a los frailes y distante una legua del convento. Era tan pobre aquella casucha, que no había en ella con qué decir misa.

El viernes 16 de octubre, lo pasó el santo enfermo en oración. Toda la noche, estuvo meditando la Pasión y disponiéndose al Viático, que recibió de rodillas. Luego quedó abstraído en altísima contemplación delante de su Crucifijo. A las cuatro de la madrugada del domingo pidió y recibió la Extremaución. Ofreciéronle un vaso de agua para calmar algún tanto el ardor de la calentura que le consumía; el Santo lo aceptó, pero mirando al Crucifijo, devolvió el vaso sin haber bebido gota, diciendo: "¡Oh; Dios mio! Vos también padecisteis sed en vuestra agonía".

Llegada ya la hora de su muerte, llamó a los religiosos y también San Juan Evangelista, a quien tuvo siempre afectuosa devoción. Finalmente, hincado de rodillas y puestos los brazos en cruz, expiró al tiempo que entonaba el salmo CXXI: ""Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi: in domum Dómini íbimus". ""Me alegré con lo que me dijeron: iremos a casa del Señor". Murió a las seis de la mañana del domingo 18 de octubre de 1562. A esa hora, tuvo Santa Teresa, en Avila,

revelación de la muerte del Santo y de la grande gloria de que gozaba en el cielo.

El funeral fue una manifestación de triunfo. Obró el Señor muchos milagros en el pobre sepulcro del Santo, que se halla en la capilla del convento de Arenas. Beatificó a este insigne Santo el papa Gregorio XV, en 1622, y le canonizó Clemente IX en 1669. El mismo Sumo Pontífice señaló el día 19 de Octubre para su fiesta en la Orden seráfica, y Clemente XI la extendió a la Iglesia entera el 16 de abril de 1701.

Se invoca especialmente a San Pedro de Alcántara como protector de los niños, por los muchos milagros que en ellos ha obrado. Para consagrar los pequeñuelos a este Santo, se les lee sobre la cabeza el Evangelio de San Juan: In principio era Verbrum, como solía él hacerlo.

TRATADO DE LA ORACION

por

SAN PEDRO DE ALCANTARA

Fray Pedro de Alcántara es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho, porque como quien la había ejercitado escribió harto provechosamente... (Santa Teresa. V.30,2)

TRATADO DE LA ORACION Y MEDITACIÓN

COMPUESTO POR EL PADRE FRAY PEDRO DE ALCÁNTARA FRAILE MENOR DE LA ORDEN DEL BIENAVENTURADO SAN FRANCISCO, DIRIGIDO AL MUY MAGNÍFICO Y MUY DEVOTO SEÑOR RODRIGO DE CHAVES

vecino de Ciudad Rodrigo

Muy magnífico y muy devoto señor:

Nunca yo me moviera a recopilar este breve tratado, ni a consentir que se imprimiese, si no fuese por las muchas veces que vuestra merced me mandó que escribiese alguna cosa de oración, breve y compendiosa, y con claridad, cuyo provecho fuese más común pues siendo de pequeño volumen y precio,

aprovecharía a los pobres, que no tienen tanta posibilidad para libros más costosos, y escribiéndose con más claridad, aprovechara a los simples, que no tienen tanto caudal de entendimiento. Y pareciéndome, que no es de menor mérito obedecer en este caso a quien pide cosa tan piadosa y santa, que el fruto que se pueda sacar de ella, quise poner en ejercicio tan santo mandamiento, bien certificado, que para mí no puede este pequeño trabajo dejar de ser de provecho, si la mucha afición y voluntad que tengo al servicio de V.M. y de la señora Doña Francisca vuestra compañera, no menos ligada con vuestra merced con el vínculo de la caridad y amor en Jesucristo nuestro Bien, que con el del matrimonio, no me lleva alguna parte del merecimiento. Aunque sí es verdad (como o es) que todo el bien que hacen nuestros hermanos, de que nos gozamos los cristianos, resulta en mérito particular del que se huelga, bien podré yo decir *Quod particeps sum devotionis vestrae,* y de todas vuestras buenas obras, pues como hijos muy queridos en el Señor (que así quiero llamar a vuestras mercedes), pues me tenéis por Padre, nunca ha faltado la pobreza de mi doctrina e industria de ayudar a la riqueza de vuestros santos propósitos y altos pensamientos. Y habiendo leído muchos libros acerca de esta materia, de ellos en breve he sacado y recopilado. Plegue al Señor que así aproveche a todos los que le buscan, pues no es para los demás, y que consiga vuestra merced el interés espiritual de su buen deseo, y yo el de su buena voluntad; todo a honra y gloria de Jesucristo nuestro Bien, cuyo es todo lo que es bueno.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Del fruto que se saca de la oración y meditación

Porque este tratado breve habla de oración y meditación, será bien decir en pocas palabras el fruto que de este santo ejercicio se puede sacar, porque con más alegre corazón se ofrezcan los hombres a él.

Notoria cosa es que uno de los mayores impedimentos que el hombre tiene para alcanzar su última felicidad y bienaventuranza, es la mala inclinación de su corazón, y la dificultad y pesadumbre que tiene para bien obrar; porque a no estar ésta de por medio, facilísima cosa le sería correr por el camino de las virtudes y alcanzar el fin para que fue criado. Por lo cual dijo el Apóstol[1] : *Huélgome con la ley Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley e inclinación en mis miembros, que contradice a la ley de mi espíritu. Y me lleva trás sí cautivo a la ley del pecado.* Esta es, pues, la causa más universal que hay de todo nuestro mal. Pues para quitar esta

---

1. *Rom., VII, 23.*

pesadumbre y dificultad y facilitar este negocio, una de las cosas que más aprovechan es la devoción. Porque (como dice Santo Tomás) no es otra cosa devoción sino[1] *una prontitud y ligereza para bien obrar,* la cual despide de nuestra ánima toda esa dificultad y pesadumbre y nos hace prontos y ligeros para todo bien. Porque es una refección espiritual, un refresco y rocío del cielo, un soplo y aliento del Espíritu Santo y un afecto sobrenatural; el cual, de tal manera regla, esfuerza y transforma el corazón del hombre, que le pone nuevo gusto y aliento para las cosas espirituales, y nuevo disgusto y aborrecimiento de las sensuales. Lo cual nos muestra la experiencia de cada día, porque al tiempo que una persona espiritual sale de alguna profunda y devota oración., allí se le renuevan todos los buenos propósitos; allí son los favores y determinaciones de bien obrar; allí el deseo de agradar y amar a un Señor tan bueno y dulce como allí se le ha mostrado, y de padecer nuevos trabajos y asperezas, y aún derramar sangre por El; y, finalmente, reverdece y se renueva toda la frescura de nuestra alma.

Y si me preguntas por qué medios se alcanza ese poderoso y tan notable afecto de devoción, a esto responde el mismo santo doctor diciendo: que por la meditación y contemplación de las cosas divinas; porque de la profunda meditación y consideración de ellas redunda este afecto y sentimiento en la voluntad, que llamamos devoción, el cual nos incita y mueve a todo bien. Y por eso es tan alabado y encomendado este santo y religioso ejercicio de todos los santos; porque es medio para alcanzar la devoción, la cual, aunque no es más que una sóla virtud, nos habilita y mueve a todas las otras virtudes, y es como un estímulo general para todas ellas. Y si quieres ver cómo esto es verdad, mira aún cuán abiertamente lo dice San Buenaventura (en *De vita Christi*) por estas palabras:

Si quieres sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, seas hombre de oración. Si quieres alcanzar virtud y fortaleza para vencer las tentaciones del enemigo, seas hombre de oración. Si quieres mortificar tu propia voluntad con todas sus aficiones y apetitos, seas hombre de oración. Si quieres

---

1. 2º., quest. 82, art. 10; 2, quest. 83, 3, 1º

conocer las astucias de Satanás, y defenderte de sus engaños, seas hombre de oración. Si quieres vivir alegramente y caminar con suavidad por el camino de la penitencia y del trabajo, seas hombre de oración. Si quieres ojear de tu ánima las moscas importunas de los vanos pensamientos y cuidados, seas hombre de oración. Si la quieres sustentar con la grosura de la devoción y traerla siempre llena de buenos pensamientos y deseos, seas hombre de oración. Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración. Finalmente, si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas. Y además de esto, si quieres subir a la alteza de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración porque éste es el camino por donde sube el ánima a la contemplación y gusto de las cosas celestiales. ¿Ves, pues, de cuánta virtud y poder sea la oración? Y para prueba de todo lo dicho (dejado aparte el testimonio de las Escrituras Divinas), esto basta agora por suficiente probanza que habemos oído y visto, y vemos cada día muchas personas simples, las cuáles han alcanzado todas estas cosas susodichas y otras mayores mediante el ejercicio de la oración. Hasta aquí son palabras de San Buenaventura. Pues ¿qué tesoro, qué tienda se puede hallar más rica, ni más llena que ésta?. Oye también lo que dice a este propósito otro muy religioso y santo Doctor[1], hablando de esta misma virtud: *En la oración* (dice él) , *se alimpia el ánima de los pecados, apaciéntase la caridad, certifícase la fé, fortalécese la esperanza, alégrase el espíritu, derrítense las entrañas, purifícase el corazón, descúbrese la verdad, véncese la tentación, huye la tristeza, renuévanse los sentidos, repárase la virtud enflaquecida, despídese la tibieza, consúmese el orín de los vicios, y en ella no faltan centellas vivas de deseos del cielo, entre los cuáles arde la llama del divino amor. ¡Grandes son las excelencias de la oración! ¡Grandes son sus privilegios! A ella están abiertos los Cielos. A ella se descubren los secretos, y a ella*

---

1. SAN LORENZO JUSTINIANO, *In Ligno vitae: De oratione,* cap. 2.

están siempre atentos los oídos de Dios. Esto basta ahora para que en alguna manera se vea el fruto de este santo ejercicio.

CAPÍTULO II

De la materia de la meditación

Visto de cuánto fruto sea la oración y meditación, veamos ahora cuáles sean las cosas que debemos meditar. A lo cual se responde, que por cuanto este santo ejercicio se ordena a criar en nuestros corazones amor y temor de Dios, y guarda de sus mandamientos, aquélla será más conveniente materia de este ejercicio que más hiciere a este propósito. Y aunque sea verdad que todas las cosas criadas y todas las espirituales sagradas nos muevan a esto; pero, generalmente hablando, los misterios de nuestra fé, que se contienen en el Símbolo, que es el Credo, son los más eficaces y provechosos para esto. Porque en él se trata de los beneficios divinos, del juicio final, de las penas del Infierno y de la gloria del Paraíso, que son grandísimos estímulos para mover nuestro corazón al amor y temor de Dios, y en él también se trata la Vida y Pasión de Cristo nuestro Salvador, en la cual consiste todo nuestro bien. Estas dos cosas señaladamente se tratan en el Símbolo, y éstas son las que más ordinariamente rumiamos en la meditación, por lo cual con mucha razón se dice que el Símbolo es la materia propísima de este santo ejercicio, aunque también lo será para cada uno lo que más moviere su corazón al amor y temor de Dios.

Pues, según esto, para introducir a los nuevos y principíantes

en este camino (a los cuales conviena dar el manjar como digesto y masticado), señalaré aquí brevemente dos maneras de meditaciones para todos los días de la semana, unas para la noche, y otras para la mañana, sacadas por la mayor parte de los misterios de nuestra fé, para que así como damos a nuestro cuerpo dos refecciones cada día, así también las demos al ánima, cuyo pasto es la meditación y consideración de las cosas divinas. De estas meditaciones, las unas son de los Misterios de la Sagrada Pasión y Resurrección de Cristo, y las otras de los otros Misterios que ya dijimos. Y quien no tuviere tiempo para recogerse dos veces al día, a lo menos podrá una semana meditar unos Misterios y otra los otros, o quedarse con solos los de la Pasión y Vida de Jesucristo (que son los más principales), aunque los otros no conviene que se dejen a principio de la conversión, porque son más convenientes para este tiempó, donde principalmente se requiere temor de Dios, dolor y detestación de los pecados.

Siguense las primeras siete meditaciones para los días de la semana

El lunes

Este día podrás entender en la memoria de los pecados, y en el conocimiento de ti mismo, para que en lo uno veas cuántos males tienes, y en lo otro cómo ningún bien tienes que no sea de Dios, que es el medio por donde se alcanza la humildad madre de todas las virtudes.

Para esto debes primero pensar en la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, especialmente en aquellos que hiciste en el tiempo que menos conocías a Dios. Porque si lo sabes bien mirar, hallarás que se han mutiplicado sobre los cabellos de tu cabeza, y que viviste en aquel tiempo como un gentil, que no sabe qué cosa es Dios.

Discurre, pues, brevemente por todos los diez mandamientos mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados por los siete pecados mortales, y verás que ninguno de ellos

hay en que no hayas caído muchas veces, por obra o por palabra o pensamiento.

Lo segundo, discurre por todos los beneficios divinos, y por los tiempos de la vida pasada; y mira en qué los has empleado; pues de todos ellos has de dar cuenta a Dios. Pues dime ahora, ¿en qué gastaste la niñez? ¿En qué la mocedad? ¿En qué la juventud? ¿En qué, finalmente, todos los días de la vida pasada? ¿En qué ocuspaste los sentidos corporales y las potencias del ánima que Dios te dió para que lo conocieses y sirvieses? ¿En qué se emplearon tus ojos, sino ver la vanidad? ¿En qué tus oídos, sino en oír la mentira, y en qué tu lengua, sino en mil maneras de juramentos y murmuraciones, y en qué tu gusto, y tu oler, y tu tocar, sino en regalos y blanduras sensuales? ¿Cómo te aprovechaste de los Santos Sacramentos, que Dios ordenó para tu remedio? ¿Cómo le diste gracias por sus beneficios? ¿Cómo respondiste a sus inspiraciones? ¿En qué empleaste la salud y las fuerzas, y las habilidades de la naturaleza, y los bienes que dicen de fortuna, y los aparejos y oportunidades para bien vivir? ¿Qué cuidado tuviste de tu prójimo, que Dios te encomendó, y de aquellas obras de misericordia que te señaló para con él? ¿Pues qué responderás en aquel día de la cuenta, cuando Dios te diga[1] : *Dame cuenta de tu mayordomía, y de la cuenta que te entregué; porque ya no quiero que trates más en ella?* ¡Oh árbol seco y aparejado para los tormenyos eternos! ¿Qué responderás en aquel día, cuanto te pidan cuenta de todo el tiempo de tu vida y de todos los puntos y momentos de ella?

Lo tercero, piensa en los pecados que has hecho y haces cada día, después que abriste más los ojos al conocimiento de Dios, y hallarás que todavía vive en ti Adán con muchas de las raíces y costumbres antiguas. Mira cuán desacatado eres para con Dios,cuán ingrato a sus beneficios, cuán rebelde a sus inspiraciones, cuán perezoso para las cosas de su servicio, las cuales nunca haces ni con aquella presteza y diligencia, ni con aquella pureza de intención que debías, si no por otros respetos e intereses del mundo.

---

1. *Lc., XVI,*

Considera cuán duro eres para con el prójimo, y cuán piadoso para contigo, cuán amigo de tu propia voluntad, y de tu carne, y de tu honra, y de todos tus intereses. Mira cómo todavía eres soberbio, ambicioso, airado, súbito, vanaglorioso, envidioso, malicioso, regalado, mudable, liviano, sensual, amigo de tus recreaciones y conversaciones y risas y parlerías. Mira cuán inconstante eres en los buenos propósitos, cuán inconsideradoen tus palabras, cuán desproveído en tus obras, y cuán cobarde y pusilánime para cualesquier graves negocios.

Lo cuarto, considera ya por este orden la muchedumbre de tus pecados, considera luego la gravedad de ellos, para que veas cómo por todas partes es crecida tu miseria. Para lo cual debes primeramente considerar estas tres circunstancias en los pecados de la vida pasada, conviene a saber: *Contra quién pecaste, por qué pecaste y en qué manera pecaste*. Si miras contra quién pecaste, hallarás que pecaste contra Dios, cuya bondad y majestad es infinita, y cuyos beneficios y misericordias para con el hombre sobrepujan las arenas del mar; mas, ¿por qué causa pecaste? Por un punto de honra, por un deleite de bestias, por un cabello de interés y muchas veces sin interés; por sola costumbre y desprecio de Dios. Mas ¿en qué manera pecaste? Con tanta facilidad, con tanto atrevimiento, tan sin escrúpulo, tan sin temor y a veces con tanta facilidad y contentamiento, como si pecaras contra un Dios de palo, que ni sabe ni ve lo que pasa en el mundo. ¿Pues ésta era la honra que se debía a tan alta Majestad? ¿Éste es el agradecimiento de tantos beneficios? ¿Así se paga aquella sangre preciosa que se derramó en la Cruz, y aquellos azotes y bofetadas que se recibieron por ti? ¡Oh miserable de ti por que lo perdiste, y mucho más por lo que hiciste, y muy mucho más si con todo esto no sientes tu perdición! Después de esto, es cosa de grandísimo provecho detener un poco los ojos de la consideración en pensar tu nada; esto es, cómo de tu parte no tienes otra cosa más que nada y pecado, y cómo todo lo demás es de Dios; porque claro está que así los bienes de naturaleza como los de gracia (que son los mayores), son todos suyos; porque suya es la gracia de la predestinación (que es la fuente de todas las otras gracias), y suya la de la vocación, y suya la gracia concomitante, y suya la gracia de la per-

severancia, y suya la gracia de la vida eterna. Pues ¿qué tienes, de qué te puedes glorias, sino de nada, y pecado? Reposa, pues, un poco en la consideración de esa nada, y pon esto sólo a tu cuenta, y todo lo demás a la de Dios, para que clara y palpablemente veas quién eres tú y quién es Él; cuán pobre tú cuán rico Él, y, por consiguiente, cuán poco debes confiar en ti y estimar a ti, y cuánto confiar en Él, amar a Él y gloriarte en Él.

Pues consideradas todas estas cosas arriba dichas, siente de ti lo más bajamente que te sea posible. Piensa que no eres más que una cañavera, que se muda a todos vientos, sin peso, sin virtud, sin firmeza, sin estabilidad y sin ninguna manera de ser. Piensa que eres un Lázaro de cuatro días muerto, y un cuerpo hediondo y abominable, lleno de gusanos, que todos cuantos pasan se tapan las narices y los ejos para no verlo. Parézcate que de esta manera hiede delante de Dios y de sus ángeles, y tente por indigno de alzar los ojos al cielo, y de que te sustente la tierra, y de que te sirvan las criaturas, y del mismo pan que comes y del aire que recibes

Derríbate con aquella pública pecadora a los pies del Salvador, y cubierta tu cara de confusión con aquella vergüenza que padecería una mujer delante de su marido cuando le hubiese hecho traición, y con mucho dolor y arrepentimiento de tu corazón pídele perdón de tus yerros, y que por su infinita piedad y misericordia haya por bien volverte a recibir en su casa.

El Martes

Este día pensarás en las miserias de la vida humana para que por ella veas cuán vana sea la gloria del mundo y cuán digna de ser menospreciada, pues se funda sobre tan flaco cimiento como esta tan miserable vida; y aunque los defectos y miserias de esta vida sean casi inmunerables, tú puedes ahora señaladamente considerar estas siete.

Primeramente, considera cuán breve sea esta vida, pues el más largo tiempo de ella *es de setenta u ochenta años, porque todo*

lo demás (si algo queda, como dice el Profeta) [1] *es trabajo y dolor,* y si de aquí se saca el tiempo de la niñez, que es más vida de bestias que de hombres, el que se gasta durmiendo, cuando no usamos de los sentidos ni de la razón (que nos hace hombres) hallaremos ser aún más breve de lo que parece. Y si sobre todo esto lo comparas con la eternidad de la vida venidera, apenas te parecerá un punto. Por donde verás cuán desvariados son los que por gozar de este soplo de vida tan breve se ponen a perder el descanso de aquella que para siempre ha de durar.

Lo segundo, considera cuán incierta sea esta vida (que es otra miseria sobre la pasada), porque no basta ser de suyo tan breve como es, sino que ese poco que hay de vida no está seguro, sino dudoso. Porque ¿cuántos llegan a esos setenta u ochenta años que dijimos? ¿A cuántos se corta la tela en comenzándose a tejer? ¿Cuántos se van en flor (como dicen), o en agraz? No *sabéis* (dice el Salvador)[2] *cuándo vendrá vuestro Señor, si a la mañana, si al medio día, si a la media noche, si al canto del gallo.*

Aprovechate ha, para mejor sentir esto, acordarte de la muerte de muchas personas que habrás conocido en este mundo, especialmente de tus amigos y familiares, y de algunas personas ilustres y señaladas, a las cuales salteó la muerte en diversas edades, y dejó burlados todos sus propósitos y esperanzas.

Lo tercero, piensa cuán frágil y quebradizo sea esta vida, y hallarás que no hay vaso de vidrio tan delicado como ella es, pues un aire, un sol, un jarro de agua fría, un vaho de un enfermo, basta para despojarnos de ella, como parece por las experiencias cotidianas de muchas personas, a las cuales en lo más florido de su edad basta para derribar cualquier ocasión de las sobredichas.

Lo cuarto, considera cuán mudable es y cómo nunca permanece en un mismo ser. Para lo cual debes considerar cuánta sea la mudanza de nuestros cuerpos, los cuales nunca permanecen en una misma salud y disposición, y cuánto mayor la de los ánimos, que siempre andan como la mar alterados con di-

---

1. *Ps. LXXXIX,* 10.
2. *Mc., XIII,* 35.

versos vientos y olas de pasiones y apetitos y cuidados que a cada hora nos perturban y, finalmente, cuántas seas las mudanzas que dicen de la fortuna, que nunca consiente mucho permanecer, ni en un mismo estado, ni en una misma prosperidad y alegría las cosas de la vida humana, sino siempre rueda de un lugar a otro. Y, sobre todo esto, considera cuán continuo sea el movimiento de nuestra vida, pues día y noche nunca para, sino siempre va perdiendo de su derecho. Según esto, ¿qué es nuestra vida sino una candela, que siempre se está gastando, y mientras más arde y resplandece, más se gasta?[1]: *¿Qué es nuestra vida, sino una flor que abre a la mañana y al medio día se marchita, y a la tarde se seca?*

Pues por razón de esta continua mudanza, dice Dios por Isaías[2]: *Toda carne es heno, y toda la gloria de ella es como la flor del campo.* Sobre las cuales palabras dice San Jerónimo[3]: *Verdaderamente, quien considerare la fragilidad de nuestra carne, y cómo en todos los puntos y momentos de tiempo crecemos y decrecemos, sin jamás permanecer en un mismo estado, y cómo esto que ahora estamos hablando, trazando y escudriñando, se está quitando de nuestra vida, no dudará llamar a nuestra carne heno, y toda su gloria como la flor del campo.* El que ahora es niño de teta, súbitamente se hace muchacho, y el muchacho, mozo, y el mozo muy pronto llega a la vejez, y primero se halla viejo que se maraville de ver cómo ya no es mozo. Y la mujer hermosa, que llevaba tras sí las manadas de los mozuelos locos, muy presto descubre la frente arada con arrugas, y la que antes era amable, de ahí a poco viene a ser aborrecible.

Lo quinto, considera cuán engañosa sea (que por ventura es lo peor que tiene, pues a tantos engaña, y tantos y tan ciegos amadores lleva tras sí), pues siendo fea nos parece hermosa, siendo amarga nos parece dulce, siendo breve, a cada uno la suya, le parece larga, y siendo tan miserable, parece tan amable, que no hay peligro ni trabajo a que no se pongan los hombres

---

1. *Iob, XIV,* 2.
2. *Is., XL,* 6.
3. *Super Isai., XL,* 6.

por ella, aunque sea con detrimento de la vida perdurable, haciendo cosas por donde vengan a perder la vida perdurable.

Lo sexto, considera cómo además de ser tan breve, etc. (según está dicho), eso poco que hay de vida está sujeto a tantas miserias, así del ánima como del cuerpo, que todo ello no es otra cosa sino un valle de lágrimas y un piélago de infinitas miserias. Escribe San Jerónimo que Jerjes, aquel poderosísimo rey que derribaba los montes y allanaba los mares, como se subiese a un monte alto a ver desde allí un ejército que tenía juntado de infinitas gentes, después que lo hubo bien mirado, dice que se paró a llorar. Y preguntado por qué lloraba, respondió[1]: *Lloro porque de aquí a cien años no estará vivo ninguno de cuantos allí veo presentes. ¡Oh si pudiésemos* (dice San Jerónimo) *subirnos a alguna atalaya, que dende allá pudiésemos ver toda la tierra debajo de nuestros pies! Dende ahí verías las caídas y miserias de todo el mundo, y gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos. Verías cómo a unos atormentan, aotros matan; unos se ahogan en la mar, otros son llevados cautivos. Aquí verás bodas, allí llanto; aquí matar unos, allí morir otros; unos abundan en riquezas, otros mendigar. Y finalmente verías no solamente el ejército de Jerjes, sino a todos los hombres del mundo que ahora son, los cuales de aquí a pocos días acabarán.* Discurre por todas las enfermedades y trabajos de los cuerpos humanos y por todas las aflicciones y cuidados de los espíritus, y por los peligros que hay, así en todos los estados como en todas las edades de los hombres, y verás aún más claro cuántas sean las miserias de esta vida, pues que viendo tan claramente cuán poco es todo lo que el mundo puede dar, más fácilmente menosprecies tanto lo que hay en él.

A todas estas miserias sucede la última, que es morir, la cual, así para lo del cuerpo como para lo del ánima, es la última de todas las cosas terribles; pues el cuerpo será en un punto despojado de todas las cosas, y del ánima se ha de determinar entonces lo que para siempre ha de ser.

Todo esto te dará a entender cuán breve y miserable sea la glo-

---

1. *Ad Eliodoro*, Epis. 60, núm. 18, tomo 1º.

ria del mundo (pues tal es la vida de los mundanos sobre que se funda) y, por consiguiente, cuán digna sea ella de ser hollada y menospreciada.

El miércoles

Este día pensarás en el paso de la muerte, que es una de las más provechosas consideraciones que hay, así para alcanzar la verdadera sabiduría como para huír del pecado, como también para comenzar con tiempo a aparejarse para la hora de la cuenta.

Piensa, pues, primeramente, cuán incierta es aquella hora en que te ha de saltear la muerte, porque no sabes en qué día, ni en qué lugar, ni en qué estado te tomará. Solamente sabes que has de morir, todo lo demás está incierto; sino que ordinariamente suele sobrevenir esta hora al tiempo que el hombre está más descuidado y olvidado de ella.

Lo segundo piensa en el apartamiento que allí habrá, no sólo entre todas las cosas que se aman en esta vida, sino tambiém entre el ánima y el cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. Si se tiene por grande mal el destierro de la patria y de los aires en que el hombre se crió,pudiendo el desterrado llevar consigo todo lo que ama, ¿cuánto mayor será el destierro universal que todas las cosas de la casa, y de la hacienda, y de los hijos, y de esta luz y aire común, y, finalmente, de todas las cosas? Si un buey da bramidos cuando lo apartan de otro buey con quien araba ¿qué bramido será el de tu corazón cuando te aparten de todos aquellos con cuya compañía trajiste a cuestas el yugo de las cargas de esta vida?

Considera también la pena que el hombre allí revibe cuando se le representa en lo que han de parar el cuerpo y el ánima después de la muerte, porque del cuerpo ya sabe que no le puede caber otra suerte mejor que un hoyo de siete pies de largo en compañía de los otros muertos; mas del ánima no sabe cierto lo que será, ni qué suerte le ha de caber. Ésta es una de las mayores congojas que allí se padecen: saber que hay gloria y pena para siempre, y estar tan cerca de lo uno y de lo otro, y no saber cuál de estas dos suertes tan desiguales nos ha de caber.

Tras esta congoja se sigue otra no menor, que es la cuenta que

allí se tiene de dar, la cual es tal que hace temblar aún a los más esforzados. De Arsenio se escribe que estando ya para morir empezó a temer. Y como sus díscipulos le dijesen: *Padre, y tú ahora temes. Respondió: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él.* Allí, pues, se le representan al hombre todos los pecados de la vida pasada como un escuadrón de enemigos que vienen a dar sobre él, y los más grandes y en qué mayor deleite recibió, ésos se representan más vivamente y son causa de mayor temor. ¡Oh, cuán amarga es allí la memoria del deleite pasado, que en otro tiempo parecía más dulce! Por cierto, con mucha razón, dijo el Sabio[1]: *No mires al vino cuando está rubio y cuando resplandece en el vidrio su color, porque aunque el tiempo del beber parece blando, mas a la postre muerde como culebra y derrama su ponzoña como basilisco.* Èstas son las heces de aquel brebaje ponzoñoso del enemigo; éste es el dejo que tiene aquel cáliz de Babilonia por de fuera dorado. Pues entonces el hombre miserable, viéndose cercado de tantos acusadores, comienza a temer la tela de este juicio y a decir entre sí: Miserable de mí, que tan engañado he vivido y por tales caminos he andado, ¿qué será de mi obra en este juicio? Si San Pablo dice[2] *que lo que el hombre hubiere sembrado, eso cogerá, yo que ninguna otra cosa he sembrado, sino obras de carne, ¿qué espero coger de aquí sino corrupción? Si San Juan dice [3] que en aquela soberana ciudad, que es todo oro limpio, no ha de entrar cosa sucia, ¿qué espera quien tan sucia y tan torpemente ha vivido?*

Después de esto suceden los sacramentos de la Confesión y Comunión y de la Extremaución, que es el último socorro con que la Iglesia nos puede ayudar en aquel trabajo, y así en éste como en los otros debes considerar las ansiasy congojas que allí el hombre padecerá por haber vivido mal, y cuánto quisiera haber llevado otro camino, y qué vida haría entonces si le diesen tiempo para eso, y cómo allí se esforzará a llamar a Dios, y los dolores y la prisa de la enfermedad apenas le darán lugar.

---

1. Prov., XXIII, 31, 32.
2. Gal., VI, 8.
3. Apoc., XXI, 27.

Mira también aquellos postreros accidentes de la enfermedad, que son como mensajeros de la muerte, cuán espantosos son y cuán para temer. Levántase el pecho, enroquécese la voz, muérense los pies, hiélanse las rodillas, afílanse las narices, húndense los ojos, párase el rostro difunto, y luego la lengua no acierta a hacer su oficio; final mente, con la gran prisa del ánima que se parte, turbados todos los sentidos pierden su valor y su virtud. Mas, sobre todo, el ánima es la que allí padece los mayores trabajos, porque allí está batallando y agonizando, parte por la salida y parte por el temor de la cuenta que se le apareja; porque ella, naturalmente, rehúsa la salida y ama la estada y teme la cuenta.

Salida ya el ánima de la carne, aún te quedan dos caminos por andar, el uno acompañando el cuerpo hasta la sepultura, y el otro siguiendo el ánima hasta la determinación de su causa, considerando lo que a cada una de estas partes acaecerá. Mira, pues, cuál queda el cuerpo después que su ánima la desampara, y cuál esa noble vestidura que le aparejan para enterrarlo, y cuán presto procuran echarlo de casa. Considera su enterramiento con todo lo que él pasará, el doblar de las campanas, el preguntar todos por el muerto, los oficios y cantos dolorosos de la Iglesia, el acompañamiento y sentimiento de los amigos, y, finalmente, todas las particularidades que allí suelen acaecer hasta dejar el cuerpo en la sepultura, donde quedará sepultado en aquella tierra de perpetuo olvido.

Dejado el cuerpo en la sepultura, vete luego en pos del ánima y mira el camino que llevará por auqella nueva región, y en lo que, finalmente, parará, y cómo será juzgada. Imagina que estás ya presente en este juicio, y que toda la corte del cielo está aguardando el fin de esta sentencia, donde se hará el cargo y el descargo de todo lo recibido hasta el cabo de la agujeta. Allí se pedirá cuenta de la vida, de la hacienda, de la familia, de las inspiraciones de Dios, de los aparejos que tuvimos para bien vivir, y sobre todo de la sangre de Cristo, y allí será cada uno juzgado según la cuenta que diere de lo recibido.

El jueves

Este día pensarás en el Juicio final, para que con esta consideración se despierten en tu ánima aquellos dos tan principales afectos que debe tener todo fin cristiano, conviene a saber: *temor de Dios y aborrecimiento del pecado.*

Piensa, pues, primeramente, cuán terrible será aquel día en el cual se averiguaran las causas de todos los hijos de Adán, y se concluirán, los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel día abrazará en sí los días de todos los siglos presentes, pasados y los venideros, porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos y en él derramará la ira y saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues que tan arrebatado saldrá entonces aquel tan caudaloso río de la indignación divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, cuantos pecados se han hecho desde el principio del mundo.

Lo segundo, considera las señales espantosas que precederán a este día, porque (como dice el Salvador[1]) antes que venga este día habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y, finalmente, en todas las criaturas del cielo y de la tierra. Porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán a caer primero que caigan. Mas los hombres, dice, andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, y viendo las grandes olas y tormentas que levantará, barruntando por aquello las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo con tan temerosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas, antes de la muerte muertos y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupados cada uno con el suyo, que no se acordará del ajeno, aunque nadie bastará para sí solo.

Lo tercero, considera aquel diluvio universal de fuego que vendrá delante del juez, y aquel sonido temeroso de la trompeta que tocará el Arcángel para convocar todas las generaciones del mundo a que se junten en su lugar y se hallen presentes en jui-

---

1. *Lc., XXI,* 11, 55.

cio; y, sobre todo, la majestad espantable con que ha de venir el Juez.

Después de esto considera cuán estrecha será la cuenta que allí a cada uno se pedirá. *Verdaderamente* --dice Job--[1] *no podrá ser el hombre justificado si se compara con Dios*. Y si se quiere poner con Él en juicio, de mil cargos que le haga no le podrá responder a solo uno. Pues ¿qué sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este examen, y allá dentro de su conciencia diga así?: *Ven acá, hombre malo, ¿qué viste en mí, porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié a mi imagen y semejanza. Yo te di la lumbre de la fe, y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre. Por ti ayuné, caminé, velé, trabajé y sudé gotas de sangre. Por tí sufrí persecuciones, azotes, blasfemias, escarnios, bofetadas, deshonras, tormentos y cruz. Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos, que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra, delante de quien padecí. ¿Pues qué hiciste de esa ánima tuya, que yo con mi sangre hice mia; en cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡Oh, generación loca, adúltera! ¿por qué quisiste más servir a ese enemigo tuyo con trabajo, que a mi, tu Redentor y Criador, con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondisteis; toqué a vuestras puertas, y no despertasteis; extendí mis manos en la cruz, y no lo mirasteis; menospreciasteis mis consejos y todas mis promesas y amenazas; pues decid ahora vosotros, ángeles; juzgad vosotros, jueces, entre mi, y mi viña, ¿qué más debí yo hacer por ella de lo que hice?* [2] ¿Pues qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron más cuenta con las leyes del mundo que con la de Dios, los que a todas sus voces estuvieron sordos, a todas sus inspiraciones insensibles, a todos sus mantamientos rebeldes y a todos sus azotes y beneficios, ingratos y duros? ¿Qué responderán los que vivieron como si creyeran que no había Dios, y los que con nin-

---

1. *Job, III*, 3.

2. *Is., V.*

guna ley tuvieron cuenta, sino con sólo su interés? *¿Qué haréis los tales* --dice Isaías[1]-- *en el día de la visitación y calamidad que os vendrá de lejos?* ¿A quién pediréis socorro, y qué os aprovechará la abundancia de vuestras riquezas?

Lo quinto, considera, después de todo esto, la terrible sentencia que el Juez fulminará contra los malos, y aquella temerosa palabra que hará reteñir las orejas de quien le oyere: *Sus labios* --dice Isaías[2]-- *están llenos de indignación, y su lengua es como fuego que traga.*

¿Qué fuego abrasará tanto como aquellas palabras[3] : *Apartaos de mí, malditos, al fuego perdurable que está aparejado para Satanás y para sus ángeles?* En cada una de las cuales palabras tienes mucho que sentir y que pensar, en el apartamiento, en la maldición, en el fuego, en la compañía y, sobre todo, en la eternidad.

El viernes

Este día meditarás en las penas del infierno, para que con esta meditación también se confirme más tu ánima en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

Estas penas, dice San Buenaventura, se deben imaginar debajo de algunas figuras y semejanzas corporales que los santos nos enseñaron. Por lo cual será cosa conveniente imaginar el lugar del infierno (según él mismo dice) como un lago obscuro y tenebroso, puesto debajo de la tierra, o como un pozo profundísimo lleno de fuego, o como una ciudad espantable y tenebrosa, que toda arde en vivas llamas, en la cual no suena otra cosa sino voces y gemidos de atormentadores y atormentados, con perpetuo llanto y crujir de dientes.

Pues en este malaventurado lugar se padecen dos penas principales: la una que llaman de *sentido* y la otra de *daño*. Y cuanto a la primera, piensa cómo no habrá alli sentido alguno dentro ni fuera del ánima que no esté penando con su propio tor-

---

1. *Is., X,* 3.
2. *Is., XXX,* 27.
3. *Mt., XXV,* 45.

mento, porque así como los malos ofendieron a Dios con todos sus miembros y sentidos y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará el que cada uno de ellos pene con su propio tormento y pague su merecido. Allí los ojos adúlteros y deshonestos padecerán con la visión horrible de los demonios. Allí las orejas que se dieron a oír mentiras y palabras torpes, oirán perpetuas blasfemias y gemidos. Allí las narices amadoras de perfumes y olores sensuales, serán llenas de intolerable hedor. Allí el gusto que se regalaba con diversos manjares y golosinas, será atormentado con rabiosa hambre y sed. Allí la lengua murmuradora y blasfema será amargada con hiel de dragones. Allí el tacto amador de regalos y blanduras, andará nadando en aquellas heladas, dice Job, del río, Cocyto[1], y entre los ardores y llamas del fuego. Allí la imaginación padecerá con la aprensión de los dolores presentes; la memoria, con la recordación de los placeres pasados; el entendimiento, con la representación de los males venideros, y la voluntad, con grandísimas iras y rabias que los malos tendrán contra Dios. Finalmente, allí se hallarán en uno todos los males y tormentos que se pueden pensar, porque, como dice San Gregorio[2], *allí habrá frío que no se pueda sufrir, fuego que no se pueda apagar, gusano inmortal, hedor intolerable, tinieblas palpables, azotes de atormentadores, visión de demonios, confusión de pecados y desesperación de todos los bienes*. Pues dime ahora; si el menor de todos estos males que hay acá se padeciese por muy pequeño espacio de tiempo, sería tan recio de llevar, ¿qué será padecer allí e un mismo tiempo toda esta muchedumbre de males en todos los miembros y sentidos interiores y exteriores, y esto no por espacio de una noche sola, ni de mil, sino de una eternidad infinita? ¿Qué sentidos? ¿Qué palabras? ¿Qué juicio hay en el mundo que pueda sentir ni encarecer esto como es?

Pues no es ésta la mayor de las penas que allí pasan: otra hay sin comparación mayor, que es la que llaman los teólogos *pena de daño*, la cual es haber de carecer para siempre de la vista de Dios y de su gloriosa compañía, porque tanto es mayor una pe-

---

1. *Job, XXI,* 33.

2. Lib. 9, *Moral,* 46.

na, cuanto priva al hombre de mayor bien, y pues Dios es el mayor bien de los bienes, así carecer de él será el mayor mal de los males, cual de verdad es éste.

Éstas son las penas que generalmente competen a todos los condenados. Mas allende estas penas generales, hay otras particulares que allí padecerá cada uno conforme a la calidad de su delito. Porque una será allí la pena del soberbio,y otra la del envidioso,y otra la del avariento, y otra la del lujurioso, y así los demás. Allí se tasará el dolor conforme al deleite recibido, y la confusión conforme a la presunción y sobervia, y la desnudez conforme a la demasía y abundancia, y el hambre y sed conforme al regalo y la hartura pasada

A todas estas penas sucede la *eternidad del padecer,* que es como el sello y la llave de todas ellas, porque todo esto aún sería tolerable si fuese fínito, porque ninguna cosa es grande si tiene fin. Mas pena que no tiene fin, ni alivio, ni declinación, ni disminución, ni hay esperanza que se acabará jamás, ni la pena, ni el que la da, ni el que la padece, sino que es como un destierro preciso y como un sambenito irremisible, que nunca jamás se quita; esto es cosa para sacar de juicio a quien atentamente lo considera.

Ésta es, pues, la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padecen; porque si estas penas hubieran de durar por algún tiempo limitado, aunque fuera mil años, o cien mil años, o, como dice un Doctor, *si esperasen que se habían de acabar en agotándose toda el agua del mar Océano, sacando cada mil años una sola gota del mar, aun esto les sería algún linaje de consuelo.* Mas esto no es así, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duración de su miseria con la duración de su divina gloria; en cuanto Dios viviere, ellos moriran, y cuando Dios dejare de ser el que es, dejarán de ser ellos lo que son; pues en esta duración en esta eternidad querría yo, hermano mio, que hincases los ojos de la consideración, y que (como animal limpio) rumiases ahora este paso dentro de tí, pues clama en su Evangelio aquella eterna verdad diciendo: *El cielo y la tierra faltarán;más mis palabras no faltarán* [1].

---

1. *Mt., XXIV, 24, 25.*

El sábado

Este día pensarás en la gloria de los bienaventurados, para que por aquí se mueva tu corazón al menosprecio del mundo y deseo de la compañía de ellos. Pues para entender algo de este bien puedes considerar estas cinco cosas, entre otras que hay en él, conviene a saber: la excelencia del lugar, el gozo de la compañía, la visión de Dios, la gloria de los cuerpos y, finalmente, el cumplimiento de todos los bienes que allí hay.

Primeramente, considera la excelencia del lugar, y señaladamente la grandeza del que es admirable, porque cuando el hombre lee en algunos graves autores que cualquiera de las estrellas del cielo es mayor que toda la tierra, y aunque hay algunas de ellas de tan notable grandeza, que son noventa veces mayores que toda ella; y con esto alza los ojos al cielo, y ve en él tanta muchedumbre de estrellas y tantos espacios vacíos, donde podrían caber otras tantas muchas más, ¿cómo no se espanta? ¿Cómo no queda atónito y fuera de sí considerando la inmensidad de aquel lugar, y mucho más la de aquel soberano Señor que lo creó?

Pues la hermosura de él no se puede explicar cn palabras, porque si en este valle de lágrimas y lugar de destierro creó Dios cosas tan admirables y de tanta hermosura, ¿qué habrá creado en aquel lugar que es aposento de su gloria, trono de su grandeza, palacio de Su Majestad, casa de sus escogidos y paraíso de todos los deleites?

Después de la excelencia del lugar considera la nobleza de los moradores de él, cuyo número, cuya santidad, cuyas riquezas y hermosura excede todo lo que se puede pensar. San Juan dice [1] *que es tan grande la muchedumbre de los escogidos, que nadie basta para poder contarlos*. San Dionisio dice[2] *que es tan grande el número de los ángeles, que escede sin comparación al de todas cuantas cosas materiales que hay en la tierra*. Santo Tomás, conformándose con este parecer, dice[3] : Que así como la

---

1. *Apoc., V,* 7.

2. Lib. *Coelest. Hierarch.,* 9.

3. 1a. Pet. y 58, art. 3.

grandeza de los cielos excede a la tierra sin proporción, así la muchedumbre de aquellos espíritus gloriosos excede a la de todas las cosas materiales que hay en este mundo con esta misma ventaja. Pues ¿qué cosa puede ser más admirable? Por cierto, cosa es ésta que, si bien se considerase, bastaba para dejar atónitos a todos los hombres. Y si cada uno de aquellos bienaventurados espíritus (aunque sea el menor de ellos) es más hermoso de ver que todo este mundo visible, ¿qué será ver tanto número de espíritus tan hermosos y ver las perfecciones y oficios de cada uno de ellos? Allí discurren los ángeles, ministran los arcángeles, triunfan los principados y alégranse las potestades, enseñorean las dominaciones, resplandecen las virtudes, relampaguean los tronos, lucen los querubines y arden los serafines, y arden los serafines, y todos cantan alabanzas a Dios. Pues si la compañía y comunicación de los buenos es tan dulce y amigable, ¿qué será tratar allí con tantos buenos, hablar con los apóstoles, conversar con los profetas, comunicar con los mártires y con todos los escogidos?

Y si tan grande gloria es gozar de la compañía de los buenos, ¿qué será gozar de la compañía y presencia de Aquel a quien alaban las estrellas de la mañana, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, ante cuyo merecimiento se arrodillan los ángeles y todos aquellos espíritus soberanos? ¿Qué será ver aquel bien universal en quien están todos los bienes, y aquel mundo mayor en quien están todos los mundos, y Aquel que siendo Uno es todas las cosas, y siendo simplicísimo, abraza las perfecciones de todas? Si tan grande cosa fue oír y ver al rey Salomón, que decía la reina de Saba[1] : *Bienaventurados los que asisten delante de ti y gozan de tu sabiduría,* ¿qué será ver aquel sumo Salomón, aquella eterna sabiduría, aquella infinita grandeza, aquella inestimable hermosura, aquella inmensa bondad,y gozar de ella para siempre? Ésta es la gloria esencial de los santos, éste el último fin y puerto de todos nuestros deseos.

Considera, después de esto, la gloria de los cuerpos, los cuales gozarán de aquellos cuatro singulares dotes, que son *sutileza,*

---

1. *Reg., X,* 8.

ligereza, impasibilidad y claridad, la cual será tan grande, que cada uno de ellos resplandecerá como el sol en el reino de su Padre. Pues si no más de un sol, que está en medio del cielo, basta para dar luz y alegría a todo este mundo, ¿qué harán tantos soles y lámparas como allí resplandecerán? Pues ¿qué diré de todos los otros bienes que allí hay? Allí habrá salud sin enfermedad, libertad sin servidumbre, hermosura sin fealdad, inmortalidad sin corrupción, abundancia sin necesidad, sosiego sin turbación, seguridad sin temor, conocimiento sin error, hartura sin hastío, alegría sin tristeza y honra sin contradicción. *Allí será* --Dice San Agustín[1]-- *verdadera la gloria, donde ninguno será alabado por error ni por lisonja. Allí será verdadera la honra, la cual ni se negará al digno, ni se concederá al indigno. Allí será verdadera la paz, donde ni de sí ni de otro será el hombre molestado. El premio de la virtud será el mismo que dio la virtud y se prometió por galardón de ella, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. Allí el lugar es ancho, hermoso, resplndeciente y seguro, la compañía muy buena y agradable, el tiempo de una manera: no hay distinto en tarde y mañana, sino continuado con una simple aternidad. Allí habrá perpetuo verano, que con el frescor y aire del Espíritu Santo siempre florece. Allí todos se alegran, todos cantan y alaban a Aquel sumo dador de todo, por cuya largueza viven y reinan para siempre. ¡Oh Ciudad Celestian, morada segura, tierra donde se halla todo lo que deleita! ¡Pueblo sin murmuración vecinos quietos y hombres sin ninguna necesidad! ¡Oh si se acabase ya esta contienda! ¡Oh si se concluyesen los dias de mi destierro!, ¿cuándo llegará ese día? ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de mi Dios?*

El domingo

Este día pensarás en los beneficios divinos, para dar gracias al Señor por ellos y encenderteás en el amor de quien tanto bien te hizo. Y aunque estos beneficios sean innumerables, más puedes tú, a lo menos, considerar estos cinco más principales, conviene

---

1. *De Civit. Dei,* lib. 22, cap. 30.

saber: de la Creación, Conservación, Redención, Vocación, con los otros beneficios particulares y ocultos.

Y primeramente, cuanto al beneficio de la creación, considera con mucha atención lo que eras antes que fueses criado, y lo que Dios hizo contigo, y te dio, ante todo merecimiento, conviene a saber: ese cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y esa tan excelente ánima, con aquellas tres tan notables potencias, que son entendimiento, memoria y voluntad. Y mira bien que darte esta tal ánima fue darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura que el hombre no la tenga en su manera, por donde parece que darnos esta pieza sola fue darnos de una vez todas las cosas juntas.

Cuanto al beneficio de la conservación, mira cuán colgado está todo tu ser de la Providencia divina; cómo no vivirías un punto, ni darías un paso, si no fuese por Él; cómo todas las cosas del mundo crió para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los peces, los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo. Considera con esto la salud que te da, las fuerzas, la vida, el mantenimiento, con todos los otros socorros temporales. Y, sobre todo esto, pondera mucho las miserias y desastres en que cada día ves caer los otros hombres, en los cuales pudieras tú también haber caído si Dios, por su piedad, no te hubiera preservado.

Cuanto al beneficio de la redención, puedes considerar dos cosas: la primera, cuántos y cuán grandes hayan sido los bienes que nos dio mediante el beneficio de la redención; y la segunda, cuántos y cuán grandes hayan sido los males que padeció en su cuerpo y ánima santísima, para ganarnos estos bienes; y para sentir más lo que debes a este Señor por lo que por ti padeció, puedes considerar estas cuatro principales circunstancias en el misterio de su Sagrada Pasión, conviene a saber: *quién padece, qué es lo que padece, por quién padece y porqué causa lo padece*. ¿quién padece? Dios. ¿Qué padece? Los mayores tormentos y deshonras que jamás se padecieron. ¿Por quién padece? Por criaturas infernales y abominables, y semejantes a los mismos demonios en sus obras, ¿Por qué causa padece? No por su provecho ni por nuestro merecimiento, sino por las entrañas de su infinita caridad y misericordia.

Cuanto al beneficio de la vocación, considera primeramente cuán grande merced de Dios fue hacerte cristiano, y llamarte a la fe por medio del bautismo y hacerte también participante de los otros sacramentos. Y si después de este llamamiento, perdida ya la inocencia, te sacó de pecado, y volvió a su gracia, y te puso en estado de salud, ¿cómo le podrás alabar por este beneficio? ¡Qué tan grande misericordia fue aguardarte tanto tiempo y sufrirte tantos pecados, y enviarte tantas inspiraciones, y no cortarte el hilo de la vida como se cortó a otros en ese mismo estado; y, finalmente, llamarte con tan poderosa gracia que resucitases de muerte a vida y abrieses los ojos a la luz! ¡Qué misericordia fue, después de ya convertido, darte gracia para no volver al pecado, y vencer al enemigo y perseverar en lo bueno! Éstos son los beneficios públicos y conocidos: otros hay secretos, que no los conoce sino el que los ha recibido, y aun otros hay tan secretos, que el mismo que los recibió no los conoce, sino sólo aquel que los hizo. ¡Cuántas veces habrás en este mundo merecido por tu soberbia, o negligencia, o desagradecimiento, que Dios te desamparase, como habrá desamparado a otros muchos por alguna de estas causas, y no lo ha hecho! ¡Cuántos males, y ocasiones de males, habrá prevenido el Señor con su providencia deshaciendo las redes del enemigo, y acortándole los pasos, y no dando lugar a sus tratos y consejos! ¡Cuántas veces habrá hecho con cada uno de nosotros aquello que él dijo a San Pedro[1] : *Mira que Satanás andaba muy negociado para aventaros a todos como a trigo, mas yo he rogado por ti, que no desfallezca tu fe!* Pues, ¿quién podrá saber esos secretos sino Dios? Los beneficios positivos, bien los puede a veces conocer el hombre, mas los privativos, que no consisten en hacernos bienes, sino en librarnos de males, ¿quién los conocerá? Pues así por éstos, como por los otros, es razón que demos siempre gracias al Señor, y que entendamos cuán alcanzados andamos de cuenta, y cuánto más es lo que le debemos que lo que le podemos pagar, pues aún no lo podemos entender.

---

1. *Lc., XXII,* 31.

CAPÍTULO III

Del tiempo y fruto de estas meditaciones susodichas

Éstas son, cristiano lector, las primeras siete meditaciones en que puedes filosofar y ocupar tu pensamiento por los días de la semana, no porque no puedas también pensar en otras cosas y en otros días además de éstos, porque, como ya dijimos, cualquiera cosa que induce nuestro corazón a amor y temor de Dios y guarda de sus Mandamientos es materia de meditación. Pero señálanse estos pasos que tengo dichos: lo uno, porque son los principales misterios de nuestra fe y los que, cuanto es de su parte, más nos mueven a lo dicho; y lo otro, porque los principiantes (que han menester leche) tengan aquí casi masticadas y digeridas las cosas que pueden meditar, porque no anden como peregrinos en extraña región, discurriendo por lugares inciertos, tomando unas cosas y dejando otras, sin tener estabilidad en ninguna.

También es de saber que las meditaciones de esta semana son muy convenientes, como ya dijimos, para el principio de la conversión (que es cuando el hombre de nuevo se vuelve a Dios, porque entonces conviene comenzar por todas aquellas cosas que nos pueden mover a dolor y aborrecimiento del pecado y temor de Dios y menosprecio del mundo, que son los

primeros escalones de este camino. Y por esto deben, los que comienzan, perseverar por algún espacio de tiempo en la consideración de estas cosas, para que así se funden más en las virtudes y afectos susodichos.

CAPÍTULO IV

De las otras siete meditaciones de la Sagrada Pasión y de la manera que habemos de tener en meditarlas

Después de éstas, se siguen las otra siete meditaciones de la Sagrada Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo, a las cuales se podrán añadir los otros pasos principales de su vida sacratísima.

Aquí es de notar que seis cosas se han de meditar en la pasión de Cristo: *La grandeza de sus dolores, para compadecernos de ellos. La gravedad de nuestro pecado, que es la causa, para aborrecerlo. La grandeza del beneficio, para agradecerlo. La escelencia de la Divina bondad y caridad, que allí se descubre, para amarla. La convivencia del misterio, para maravillarse de él. Y la muchedumbre de las virtudes de Cristo, que allí resplandecen para imitarlas.* Pues conforme a esto, cuando vamos meditando debemos ir inclinando nuestro corazón, unas veces a compasión de los dolores de Cristo, pues fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza de su cuerpo, como por la grandeza de su amor, como también por padecer sin ninguna manera de consolación, como en otra parte está declarado. Otras veces debemos tener respeto a sacar de aquí motivos de dolor de nuestros pecados, considerando que ellos

fueron la causa de que Él padeciese tantos y tan graves doores como padeció. Otras veces debemos sacar de aquí motivos de amor y agradecimiento, considerando la grandeza del amor que Él por quí nos descubrió y la grandeza de beneficio que nos hizo redimiéndonos tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro.

Otras veces debemos levantar los ojos a pensar la conveniencia del medio que Dios tomó para curar nuestra miseria, esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer nuestras necesidades, para merecernos su gracia y humillar nuestra soberbia, e inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos.

Otras veces debemos poner los ojos en los ejemplos de virtudes que en su sacratísima vida y muerte resplandecen, en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza aspereza, caridad, humildad, benignidad, modestia y en todas las otras virtudes, que en todas sus obras y palabras, más que las estrellas en el cielo, resplandecen, para imitar algo de lo que en Él vemos, porque no tengamos ocioso el espíritu y gracia que de Él para esto recibimos, y así caminemos a Él por Él. Ésta es la más alta y la más provechosa manera que hay de meditar la pasión de Cristo, que es por vía de imitación, para que por la imitación vengamos a la transformación, y así podamos ya decir con el Apóstol[1] : *Vivo yo, ya no yo, más vive en mí Cristo.*

Demás de esto, conviene en todos estos pasos tener a Cristo ante los ojos presente y hacer cuenta que le tenemos delante cuando padece, y tener cuenta, no sólo con la historia de su pasión, sino también con todas las circunstancias de ella, especialmente con estas cuatro: *¿Quién padece? ¿Por quién padece? ¿Cómo padece? ¿Por qué causa padece?* ¿Quién padece? Dios Todopoderoso, infinito, inmenso etc. ¿Por quién padece? Por la más ingrata y desconocida criatura del mundo. ¿Cómo padece? Con grandísima humildad caridad, benignidad, mansedumbre, misericordia, paciencia, modestia, etc. ¿Por qué causa padece? No por algún interés suyo ni merecimiento nues-

---

1. *Gal, II,* 20

tro, sino por solas las entrañas de su infinita piedad y misericordia. Demás de esto, no se contente el hombre con mirar lo que por fuera padece, sino mucho más hay que contemplar en el ánima de Cristo que en el cuerpo de Cristo, así en el sentimiento de sus dolores, como en los otros afectos y consideraciones que en ella había.

Presupuesto, pues, ahora este pequeño preambulo, comencemos a repetir y poner por orden los misterios de esta Sagrada Pasión.

Síguense las otras siete Meditaciones de la Sagrada Pasión

El lunes

Este día, hecha la señal de la cruz con la preparación que adelante se pone, se ha de pensar el lavatorio de los pies y la institución del Santísimo Sacramento.

Considera, pues, oh ánima mía, en esta cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo inestimable de humildad que aquí te da levantándose de la mesa y lavando los pies a sus discípulos. ¡Oh buen Jesús! ¿Qué es eso que haces? ¡Oh dulce Jesús! ¿Por qué tanto se humilla tu Majestad? Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas. ¡Oh cruel!, ¿cómo no te ablanda el corazón esa tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos!, ¿cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh purísimas manos!, ¿cómo no tenéis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Oh apóstoles bienaventurados!, ¿cómo no tembláis viendo esa tan grande humildad? Pedro, ¿qué haces; por ventura, consentirás que el Señor de la Majestad te lave los pies? Maravillado y atónito San Pedro, como viese al Señor

arrodillado delante de sí, comenzó a decir[1]: *¿Tú, Señor, lávasme a mí los pies?* ¿No eres tú Hijo de Dios Vivo? ¿No eres tú el Creador del mundo, la hermosura del cielo, paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues Tú me quieres a mi lavar los pies? ¿Tú, Señor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza?

Considera también cómo, en acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo que estaba ceñido y sube más arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el Misterio de nuestra Redención. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la inmundicia de los pies sucios, y así ellos quedaron limpios y el lienzo quedaría todo manchado y sucio después de hecho este oficio. ¿Qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado, y qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido de Espíritu Santo? *Blanco y colorado es mi Amado* --dice la Esposa[2]--, *y escogido entre millares*. Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestra ánima, y dejándolas limpias y libres de ellas, Él quedó (como lo ves) en la Cruz, amancillado y afeado con ellas.

Después de esto, considera aquellas palabras con que dio fin el Salvador a esta historia, diciendo[3] : *Ejemplo os he dado, para que como Yo lo hice, así vosotros lo hagáis*. Las cuales palabras no sólo se han de referir a este paso y ejemplo de humildad, sino también a todas las obras y vida de Cristo, porque ella es un perfectísimo dechado de todas las virtudes, especialmente de la que en este lugar se nos representa.

De la institución del Santísimo Sacramento

Para entender algo de este misterio, has de presuponer que ninguna lengua criada puede declarar la grandeza del amor que

---

1. *Io., XIII,* 6.
2. *Can., V,* 10.
3. *Io., XIII,* 15.

Cristo tiene a su Esposa la Iglesia; y, por consiguiente, a cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa la Iglesia (porque esta ausencia no le fuese causa de olvido), no queriendo que entre Él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria, sino sólo Él. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga dejar a su Esposa compañía, porque no se quedase sola; y dejóle la de Éste Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir a padecer muerte por la Esposa y redimirla, y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese (cuando quisiese) gozar de este tesoro, dejóle las llaves de él en este Sacramento; porque (como dice San Crisóstomo)[1] *todas las veces que nos llegamos a él, debemos pensar que llegamos a poner la boca en el costado de Cristo, y bebemos de aquella preciosa Sangre, y nos hacemos participantes de Él.* Deseaba, otrosí, este celestial Esposo, ser amado de su Esposa con grande amor y para esto ordenó este misterioso bocado con tales palabras consagrado que quien dignamente lo recibe, luego es tocado y herido de este amor.

Quería también asegurarla, y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de gloria, para que con la esperanza de este bien pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas de esta vida. Pues para que la Esposa tuviese cierta y segura la esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro que vale tanto como todo lo que allá se espera, para que no desconfiase, que se le dará Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu, pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vive en carne.

Quería también a la hora de su muerte hacer testamento y dejar a la Esposa alguna manda señalada para su remedio, y dejóle ésta, que era la más preciosa y provechosa que le pudiera dejar, pues en ella se deja a Dios. Quería, finalmente dejar a nuestras ánimas suficiente provisión y mantenimiento con que viviesen, porque no tiene menor necesidad el ánima de su propio mante-

---

1. *Homil.* 84 *in Joan.*

nimiento para vivir vida espiritual, que el cuerpo del suyo para la vida corporal. Pues para esto ordenó este tan sabio Médico (el cual también tenía tomados los pulsos de nuestra flaqueza) este Sacramento, y por eso lo ordena en espécie de mantenimiento, para que la misma especie en que lo instituyó nos declarase el efecto que obraba, y la necesidad que nuestras ánimas de él tenian, no menor que la que los cuerpos tienen de su propio manjar.

El martes

Este día pensarás en la Oración del Huerto, y en la Pasión del Salvador, y en la entrada y afrentas de la casa de Anás.

Considera, pues, primeramente cómo acabada aquella misteriosa Cena, se fue el Señor con sus díscipulos al monte Olivete a hacer oración antes que entrase en la batalla de su pasión, para enseñarnos cómo en todos los trabajos y tentaciones de esta vida hemos siempre de recurrir a la oración como a una sagrada áncora,por cuya virtud o nos será quitada la carga de la tribulación, o se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Para compañía de este camino tomó consigo aquellos tres amados discípulos, San Pedro, Santiago y San Juan[1], los cuales habían sido testigos de su gloriosa Transfiguración, para que ellos mismos viesen cuán diferente figura tomaba ahora por amor de los hombres el que tan glorioso se les había mostrado en aquella visión. Y porque entendiesen que no eran menores los trabajos interiores de su ánima que los que por de fuera comenzaba a descubrir, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: *Triste está mi ánima hasta la muerte. Esperadme aquí, y velad conmigo* [2]. Acabadas estas palabras, Apartóse el Señor de los discículos cuanto un tiro de piedra, y, postrado en tierra con grandísima reverencia, comenzó su oración diciendo: *Padre, si es posible, traspasa de Mí este cáliz: mas no se haga como Yo lo quiero, sino como Tú* [3]. Y hecha esta oración tres veces, a la tercera fue puesto en tan grande agonía, que comenzó a sudar gotas de sangre, que iban

---

1. *Mt., XVII.*
2. *Mt., XXVI,* 37.
3. *Mt., XVII,* 39.

por todo su sagrado Cuerpo hilo a hilo hasta caer en tierra. Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, aprendiendo perfectísimamente tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo (por los cuales padecía) y el desagradecimiento de tantas ánimas, que no habían de reconocer este beneficio, ni aprovecharse de tan grande y costoso remedio fue su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentimientos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron y, la carne bendita se abrió por todas partes y dio lugar a la sangre que manase por toda ella en tanta abundancia que corriese hasta la tierra. Y si la carne, que de sola recudida padecía esos dolores, tal estaba, ¿qué tal estaría el ánima que derechamente los padecía? Mira después cómo, acabada la oración, llegó aquel falso amigo con aquella infernal compañía, renunciado ya el oficio del Apostolado y hecho adalid y capitán del ejercito de Satanás. Mira cuán sin vergüenza se adelantó primero que todos, y llegando al buen Maestro, lo vendió con beso de falsa paz. En aquella hora dijo el Señor a los que le venían a prender [1]:
Así como a ladrón salisteis a mi con espadas y lanzas; y habiendo yo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos en Mí; más ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. ¿Qué cosa de mayor espanto que ver al Hijo de Dios tomar imagen, no solamente de pecado, sino también de condenado? [2]: *Ésta es* --dice Él-- *vuestra honra y el poder de las tinieblas.* De las cuales palabras se saca que por aquella hora fue entregado aquel inocentísimo Cordero en poder de los príncipes de las tiniebles, que son los demonios, para que por medio de sus ministros ejecutasen en él todos los tormentos y crueldades que quisiesen. Piensa, pues, ahora tú hasta dónde se abajó aquella Alteza divina por tí, pues llegó al postrero de todos los males, que es a ser entregado en poder de los demo-

---

1 *Mt., XXVII,* 55.

2. *Lc., XXII,* 53.

nios. Y porque la pena que tus pecados merecían era ésta. Él se quiso poner a esta mena porque tú quedases libre de ella.

Dichas estas palabras arremetió luego toda aquella manada de lobos hambrientos con aquel manso Cordero, y unos lo arrebatan por una parte, otros por otra, cada uno como podía. ¡Oh, cuán inhumanamente le tratarían, cuántas descortesías le dirían, cuántos golpesy estirones le darían, qué de gritos y voces alzarían, como suelen hacer los vencedores cuando se ven ya con la presa! Toman aquellas santas manos, que poco antes habían obrado tantas maravillas, y átanlas muy fuertemente con unos lazos corredizos, hasta desollarle los cueros de los brazos y hasta hacerle reventar la sangre, y así lo llevan atado por las calles públicas, con grande ignominia. Míralo muy bien cuál va por este camino desamparado de sus díscipulos, acompañado de sus enemigos, el paso corrido, el huelgo apresurado, la color mudada y el rostro ya encendido y sonrosado con la prisa del caminar. Y contempla en tan mal tratamiento de su Persona tanta mesura en su rostro, tanta gravedad en sus ojos y aquel semblante divino que en medio de todas las descortesías del mundo nunca pudo ser oscurecido.

Luego puedes ir con el Señor a la casa de Anás, y mira cómo allí, respondiendo el Señor cortésmente a la pregunta que el Pontífice le hizo sobre sus discípuos y doctrina, uno de aquellos malvados, que presentes estaban, dio una gran bofetada en su rostro, diciendo [1]: *¿Así has de responder al Pontífice* ? Al cual el Salvador, benignamente, respondió: *Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?* Mira, pues aquí, oh ánima mía, no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sino también aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella muestra de ojos tan serenos y tan sin turbación en aquella afrenta y aquella ánima santísima en lo interior tan humilde y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo demandara

---

1 *Io., XVIII,* 22.

El miércoles

Este día pensarás en la presentación del Señor ante el Pontífice Caifás, y en los trabajos de aquella noche, y en la negación de San Pedro, y azotes a la columna.

Primeramente considera cómo de la primera casa de Anás llevan al Señor a la del Pontífice Caifás, donde será razón que lo vayas acompañando, y ahí verás eclipsado el sol de justicia y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles. Porque como el Salvador, siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese a esta pregunta lo que convenía, aquellos que tan indignos eran de tan alta grande luz volviéronse contra él como perros rabiosos y allí descargaron todas sus iras y rabias. Allí todos a porfía le dan bofetones y pescozones; allí le escupen con sus infernales bocas en aque divino rostro; allì le cubren los ojos con un paño, dándole bofetadas en la cara, y juegan con él, diciendo [1]; *Adivina quién te dió*. ¡Oh maravillosa humildad y paciendia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ése para escupir en él? Al rincón más despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, ¿y en todo ese palacio no se halló otro lugar más despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza?

Después de esto, considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa, porque los soldados que lo guardaban escarnecían de Él (como dice San Lucas) y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad. Mira, pues, oh ánima mía, cómo tu dulcísimo Esposo está puesto como blanco a las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban. ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh mi buen Jesús, no dormías, ni dormían los que tenían por descanso atormentarte! La noche fue ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del día descansasen, y ésta toman ahora los malos para

---

1. *Mt., XXVI,* 68; *Lc., XXII,* 64.

atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, atormentando tus oídos, porque en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar, todos ellos en Ti penasen y trabajasen. ¡Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarían los coros de los ángeles en el cielo! Allá dicen Santo Santo; acá dicen muera, muera: crucifícalo, crucifícalo. ¡Oh ángeles del paraíso, que las unas y otras voces oís!: ¿qué sentíais viendo tan mal tratado en la tierra Aquel a quien vosotros con tanta reverencia tratáis en el cielo? ¿Qué sentíais viendo que Dios tales cosas padecía por los mismos que tales cosas hacían? ¿Quién jamás oyó tal manera de caridad, que padezca uno muerte por librar de la muerte al mismo que se la da?

Crecieron sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negación de San Pedro, aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la Transfiguración, aquel entre todos honrado con el principado de la Iglesia; ese primero que todos, no una, sino tres veces, en presencia del mismo Señor, jura y perjura que no le conoce, ni sabe quién es. Oh Pedro, ¿tan mal hombre es ese que ahí está que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condernarle tú primero que los Pontífices, pues das a entender que Él sea persona tal, que tú mismo te deshonras de conocerlo. ¿Pues qué mayor injuria puede ser que ésa? [1]: *Volvióse entonces el Salvador, y miró a Pedro:* vánsele los ojos tras aquella oveja que se le había perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada, más grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje, y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo y éstas sí. Mas no solamente hablan, sino también obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro, cuanto de los ojos de Cristo.

Después de todas estas injurias considera los azotes que el Salvador padeció a la columna; porque el juez, visto que no podía aplacar la furia de aquellas infernales fieras, determinó

---

1. *Lv., XXII,* 61.

hacer en Él un tan famoso castigo que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que, contentos con esto, dejasen de pedirle la muerte. Entra, pues, ahora ánima mía, con el espíritu, en el Pretorio de Pilatos, y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad y cómo Él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas descortesías como allí le herían. Mira cómo luego atan aquel santo cuerpo a una columna para que así lo pudiesen herir a su placer donde y como ellos más quisiesen. Mira cuán solo estaba el Señor de los Ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos, ni valedores que hiciesen por Él, ni aún siquiera ojos que se compadeciesen de Él. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, llagas sobre llagas y heridas sobre heridas. Allí verías luego ceñirse aquel Sacratísimo Cuerpo de cardenales, rasgarse los cueros, reventar la sangre y correr a hilos por todas partes. Mas, sobre todo esto, ¡qué sería ver aquella tan grande llaga, que en medio de las espaldas estaría abierta, adonde principalmente caían todos los golpes!

Considera luego, acabados los azotes, cómo el Señor se cubriría, y cómo andaría por todo aquel Pretorio buscando sus vestiduras en presencia de aquellos crueles carniceros, sin que nadie le sirviese, ni ayudase, ni proveyese de ningún lavatorio, ni refrigerio de los que se suelen dar a los que así quedan llagados. Todas estas son cosas dignas de grande sentimiento, agradecimiento y consideración.

El jueves

Este día se ha de pensar en la Coronación de espinas y Ecce-Homo, y cómo el Salvador llevó la Cruz a cuestas. A la consideración de estos pasos tan dolorosos nos convida la Es-

posa en el libro de los Cantares, por estas palabras [1] :*Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegria de su corazón*. Oh ánima mía, ¡qué haces! Oh corazón mío, ¡qué piensas! Lengua mía, ¡cómo has enmudecido! Oh muy dulcísimo Salvador mío, cuando yo abro los ojos y miro este retrablo tan doloroso que aquí se me pone delante, el corazón se me parte de dolor. ¿Pues, cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habían de sacar las espinas la sangre de la cabeza a quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua de este Señor, y la gran excelencia de sus virtudes, y luego vuelve a mirar de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad, y aquel aspecto suyo de tanta veneración.

Y después que así le hubieres mirado, y deleitado de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada por las salivas, que por todo el rostro estaban tendidas. Míralo todo de dentro y fuera, el corazón atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus díscipulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano. Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. Ponte tú mismo en el lugar del que padece, y mira lo que sentirías si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos; ¿y qué digo espinas?, una sola punzada de un alfiler que fuese apenas lo podrías sufrir. ¿Pues qué sentiría aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?

---

1. *Cant., III,* 11

Acabada la coronación y escarnios del Salvador, tomólo el juez por la mano, así como estaba tan mal tratado, y sacándole a vista del pueblo furioso, díjoles [1] ; *Ecce Homo*. Como si dijera: Si por envidia le procurabaís la muerte, veislo aquí tal que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíais no se hiciese Rey, veislo aquí tan desfigurado, que apenas parece hombre. De estas manos atadas, ¿qué os teméis? A este hombre azotado, ¿qué más le demandáis?

Por aquí puedes entender, ánima mía, qué tal saldría entonces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía para quebrantar el corazón de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasión de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban (según el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones.

Pues como Pilatos viese que no bastaban las justicias que se habían hecho en aquel santísimo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el Pretorio, y asentóse en el tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Ya estaba a las puertas aparejada la Cruz, ya asomaba por lo alto aquella temerosa bandera, amenazando a la cabeza del Salvador. Dada, pues, ya, y promulgada la sentencia cruel, añaden los enemigos una crueldad a otra, que fue cargar sobre aquellas espaldas, tan molidas y despedazadas con los azotes pasados, el madero de la Cruz. No rehusó, con todo eso, el piadose Señor esta carga, en la cual iban todos nuestros pecados, sino antes la abrazó con suma caridad y obediencia por nuestro amor.

Camina, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha genta y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no había de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso a paso con aquella carga tan pesada, temblándole las rodillas, inclinando el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriendo con aquella guirnalda en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él.

---

1. *Io., XIII*, 5.

Entre tanto, ánima mía, aparta un poco lo ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando a ella llegares, derribado antes sus pies comienza a decirle con dolorosa voz: *¡Oh Señora de los ángeles, Reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de la limpieza, titulo de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! Ay de mí, Señora mía, ¡para qué se ha aguardado mi vista para esta hora! ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son más palabras? Dejo a tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una Cruz a cuestas para ser en ella ajusticiado.*

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor a la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo, y también para mayor corona.

Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de ver las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, el tropel de las gentes, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto; allá en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más a su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor y sombra de la muerte, para ver (si pudiese) al que tanto amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llega ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una a otra, y atraviésanse los corazones con los ojos y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas, mas el corazón de la Madre hablaba, y el Hijo dulcísimo le decía: *¿Para qué viniste aquí, paloma mía, querida mía y Madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos atormentan a mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete a tu posada, que no pertenece a tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones.*

Estas y otras más lastimeras palabras se hablarían en aquellos piadosos corazones, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino hasta el lugar de la Cruz.

El viernes

Este día se ha de contemplar el Misterio de la Cruz y las siete palabras que el Señor habló.

Despierta, pues, ahora, ánima mía, y comienza a pensar en el Misterio de la Santa Cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado. Mira primeramente cómo, llegado ya el Salvador a este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese más vergonzosa su muerte) lo desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto a bajo, sin costura alguna. Mira, pues, aquí, con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así lo trataban. Antes de muy buena voluntad consentía ser despojado de sus vestiduras, y quedar a la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con las hojas de higuera la desnudez en que por el pecado caímos.

Dicen algunos Doctores que, para desnudar al Señor esta túnica, le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenía en la cabeza y, después de ya desnudo, se la volvieron a poner,y a hincarle otra vez las espinas por el cerebro, que sería cosa de grandísimo dolor. Y es de creer, cierto, que usaran de esta crueldad los que de otras muchas y muy extrañas usaron con Él en todo el proceso de su Pasión, mayormente diciendo el Evangelista que hicieron con Él todo lo que quisieron, Y como la túnica estaba pegada a las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados), despegáronsela de golpe y con tanta fuerza, que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera, que el santo Cuerpo quedó por todas partes abierto y como descortezado, y hecho todo una grande llaga, que por todas partes manaba sangre.

Considera, pues, aquí, ánima mía, la alteza de la divida bondad

y misericordia que en este Misterio tan claramente resplandece; mira cómo Aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Considera el frío que padecería aquel santo Cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no sólo de sus vestiduras, sino también de los cueros de la piel, y con tantas puertas de llagas abiertas por todo él. Y si estando San Pedro vestido y calzado la noche antes padecía frío, ¿cuánto mayor lo padecería aquel delicadísimo Cuerpo estando tan llagado y desnudo?

Después de esto considera cómo el Señor fue enclavado en la Cruz, y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos gruesos y esquinados entraban por las más sensibles y más delicadas partes del más delicado de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles y duros golpes que sobre aquellos miembros divinales tan a menudo caían, porque verdaderamente aquellas martilladas y clavos al Hijo pasaban las manos, mas a la Madre herían el corazón.

Mira cómo luego levantaron la Cruz en alto y la fueron a hincar en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo (según eran crueles los ministros) al tiempo de asentar, la dejaron caer de golpe, y así se estremecería todo aquel santo Cuerpo en el aire y se rasgarían más los agujeros de los clavos, que sería cosa de intolerable dolor.

Pues, oh Salvador y Redentor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padeces en esta cruz? Cercádote han, Señor, dolores de muerte, y envestido han sobre Ti todos los vientos y olas de la mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita, los amigos te quiebran el corazón, tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio. Cuando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que

tienen atravesados; cuando la cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del cuerpo. Pues la santa cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendría? ¡Oh cuán bien empleados fueron allí vuestros brazos, serenísima Virgen, para este oficio, mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la Cruz! Sobre ellos se reclinará la sagrada cabeza cuando quisiere descansar, y el refrigerio que de ello recibirá será hincarse más las espinas por el cerebro.

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuáles no menos estaba su corazón sacrificado de dentro, que el sagrado Cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para Tí, ¡oh buen Jesús!, en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspasa el Cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podría, oh buen Jesús, declarar lo que sentías cuando declarabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada en la Cruz? ¿Cuando veías aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor, cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte? ¿Y aquellas angustias de su ánimo sin muerte, ya más que muerto? ¿Y aquellos ríos de lágrimas, que de sus purísimos ojos salían, y oías los gemidos, que se arrancaban de aquel sagrado pecho exprimidos con peso de tan gran dolor?

Después de esto, puedes considerar aquellas siete palabras que el Señor habló en la Cruz. De las cuáles la primera fue [1]: *Padre, perdona a éstos, que no saben lo que hacen.* La segunda al Ladrón [2]: *Hoy serás conmigo en el Paraíso.* La tercera a su Madre Santísima [3]: *Mujer, cata ahí a tu hijo.* La cuarta [4]: *Sed he.* La qui quinta [5]: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* La sexta [6]: *Acabado es.* La séptima [7]: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

---

1. *Lc., XXIII,* 34.
2. *Lc., XXIII,* 43.
3. *Io., XIX,* 26.
4. *Io., XIX,* 28.
5. *Mt., XXVIII,* 46.
6. *Io., XIX,* 30
7. *Lc., XXIII,* 46.

Mira, pues, oh ánima mía, con cuánta caridad en estas palabras encomendó sus enemigos al Padre; con cuánta misericordia recibió al Ladrón que le confesaba; con qué entrañas encomendó a la piadosa Madre el amado discípulo; con cuánta sed y ardor mostró que deseaba la salud de los hombres; con cuán dolorosa voz derramó su oración, y pronunció su tribulación ante el acatamiento divino; cómo llevó hasta el cabo tan perfectamente la obediencia del Padre, y cómo, finalmente, le encomendó su espíritu y se resignó todo en sus benditísimas manos. Por donde parece como en cada una de estas palabras está encerrado un documento de virtud. En la primera se nos encomienda la caridad para con los enemigos. En la segunda, la misericordia para con los pecadores. En la tercera, la piedad para con los padres. En la cuarta, el deseo de la salud de los prójimos. En la quinta, la oración de las tribulaciones y desamparos de Dios. En la sexta, la virtud de la obediencia y perseverancia Y en la séptima, la perfecta resignación en la mano de Dios, que es la suma de toda nuestra perfección.

El sábado

Este día se ha de contemplar la lanzada que se dio al Salvador y el descendimiento de la Cruz, con el llanto de Nuestra Señora y oficio de la sepultura.

Considera, pues, cómo habiendo ya expirado el Salvador en la Cruz, y cumplídose el deseo de aquellos crueles enemigos, que tanto deseaban verlo muerto, aun después de esto no se apagó la llama de su furor, porque con todo esto se quisieron más vengar y encarnizar en aquellas Santas Reliquias que quedaron, partiendo y echando suertes sobre sus vestiduras y rasgando su sagrado pecho con una lanza cruel. ¡Oh crueles ministros! ¡Oh corazones de hierro, y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo que no le queréis perdonar aun después de muerto! ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve al enemigo muerto delante de si? ¡Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos

difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seáis más duros que el hierro y que el diamante y que vosotros mismos viéndolos amansaréis! Llega pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviésale con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la Cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se sanan los pecados del mundo.¡Oh río que sales del Paraíso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! ¡Dios te salve, llaga del Costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las ánimas de los justos; rosa de inefable hermosura; rubí de precio inestimable; entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Después de esto considera cómo aquel mismo día en la tarde llegaron aquelos dos santos varones José y Nicodemus y, arrimadas sus escaleras a la Cruz, descendieron en brazos el Cuerpo del Salvador. Como la Virgen vio que, acabada ya la tormenta de la pasión, llegaba el sagrado Cuerpo a tierra, aparéjase Ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la Cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad a aquella noble gente, que pues no se había despedido de su Hijo, ni recibido de Él los postreros abrazos en la Cruz al tiempo de su partida que la dejen ahora llegar a Él y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quiten muerto.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de la paz, llorad con esta Sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para sólo esto le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase

rostro con rostro, tiñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿Es ése, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades? Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres, aquelos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el Santo Evangelista, y, abrazado con el Cuerpo de su Maestro, decía: ¡Oh buen Maestro y Señor mío!, ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? ¿Anteanoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto? ¿Éste es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿Ésta es aquella figura más clara que el sol de medio día?

Lloraba también aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador decía: ¡Oh lumbre de mis ojos y remedio de mi ánima!, si me viera fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas!, ¿quién me diese ahora que yo muriese contigo? ¡Oh vida de mi ánima!, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraban y lamentaban toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el Cuerpo sagrado. Llegaba, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo Cuerpo en una sábana limpia, atan su rostro con un sudario y, puesto encima de un lecho, caminan con Él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa y el corazón de la Madre con una oscura niebla de tristeza. Allí se despido otra vez de su Hijo; allí comienza de nuevo a sentir su soledad; allí se ve ya desposeída de todo su bien; allí se le queda el corazón sepultado donde quedaba su tesoro.

El domingo

Este día podrás pensar la descendida del Señor al limbo y el aparecimiento a nuestra Señora y a la santa Magdalena y a los discípulos. Y después el misterio de su gloriosa Ascensión.

Cuanto a lo primero, considera qué tan grande sería la alegría que aquelos Santos Padres del limbo recibirían este día con la visitación y presencia de su Libertador, y qué gracias y alabanzas le darían por esta salud tan deseada y esperada. Dicen los que vuelven de las Indias Orientales en España, que tienen por bien empleado todo el trabajo de la navegación pasada por la alegría que reciben el día que vuelven a su tierra. Pues si esto hace la navegación y destierro de un año o de dos años, ¿qué haría el destierro de tres o cuatro mil años, el día que recibiesen tan gran salud y viniesen a tomar puerto en la tierra de los vivientes?

Considera también la alegría de la Sacratísima Virgen recibiría este día con la visita del Hijo resucitado, pues es cierto que así como Ella fue la que más sintió los dolores de su pasión, así fue la que más gozó de la alegría de su resurección. Pues, ¿qué sentiría cuando viese ante sí a su Hijo vivo y glorioso, acompañado de todos aquellos Santos Padres que con Él resucitaron? ¿Qué haría? ¿Qué diría? ¿Cuáles serían sus abrazos y besos y las lágrimas de sus ojos piadosos? ¿Y los deseos de irse tras Él, si le fuera concedido?

Considera la alegría de aquellas santas Marías, y especialmente de aquella que perseveraba llorando par del sepulcro cuando viese al amado de su ánima, y se derribase a sus pies y hallase resucitado y vivo al que buscaba y deseaba ver siquiera muerto; y mira bien que, después de la Madre, a aquella primero apareció que más amo, más perseveró, más lloró y más solícitamente le buscó, para que así tengas por cierto que hallarás a Dios, si con estas mismas lágrimas y diligencias lo buscares.

Considera de la manera que apareció a los discípulos que iban[1] *a Emaús en hábito de peregrino,* y mira cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y en cabo cuán amorosamente se les descubrió y los dejó con toda la miel y suavidad en los labios; sean, pues, tales tus pláticas, cuales eran las de éstos, y trata con dolor y sentimiento lo que trataban éstos (que eran los dolores y trabajos de Cristo), y ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía, si tuvieres siempre esta memoria.

Acerca del misterio de la Ascensión considera primeramente cómo dilató el Señor esta subida a los cielos por espacio de cuarenta días, en los cuales apareció muchas veces con sus discípulos y los enseñaba y platicaba con ellos *del Reino de Dios* [2]. De manera que no quiso subir a los cielos, ni apartarse de ellos, hasta que los dejó tales que pudiesen con el espíritu subir al cielo con Él. Donde verás, que a aquellos desampara muchas veces la presencia corporal de Cristo (esto es, la consolación sensible de la devoción), que pueden ya con el espíritu volar a lo alto y estar más seguros del peligro. En lo cual maravillosamente resplandece la providencia de Dios y la manera que tiene en tratar a los suyos en diversos tiempos: cómo regala los flacos y ejercita los fuertes; da leche a los pequeñuelos y desteta a los grandes; consuela a los unos y prueba los otros, y así trata a cada uno según elgrado de su aprovechamiento. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza; ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza.

En presencia de los discípulos, y *viéndolo ellos* [3], subió al cielo, porque ellos habían de ser testigos de estos misterios, y ninguno es mejor testigo de las obras de Dios que el que las sabe por experiencia. Si quieres saber de veras cuán bueno es Dios, cuán dulce y cuán suave para con los suyos, cuánta sea la virtud y eficacia de su gracia, de su amor, de su providencia y

---

1. *Lc., XXIV,* 13.
2. *Act., I,* 3.
3. *Act., I,*

de sus consolaciones, pregúntalo a los que lo han probado; que éstos te darán de ello suficientísimo testimonio. Quiso también que le viesen subir a los cielos, para que le siguiesen con los ojos y con el espíritu, para que sintiesen su partida, para que les hiciese soledad su ausencia, porque éste era el más conveniente aparejo para recibir su gracia. Pidió Eliseo a Elías su espíritu, y respondióle el buen Maestro [1]: *Si vieres cuándo me parto de ti, será lo que pediste*. Pues aquellos serán herederos del Espíritu de Cristo, a quien el amor hiciere sentir la partida de Cristo, los que sintieren su ausencia y quedaren en este destierro suspirando siempre por su presencia. Así lo sentía aquel santo varón que decía: *Fuiste consolador mío, y no te despediste de mí; yendo por tu camino bendijiste los tuyos, y no lo vi. Los ángeles prometieron volverías, y no lo oí*, etc.

Pues, ¿cuál sería la soledad, el sentimiento, las voces y las lágrimas de la sacratísima Virgen, del amado discípulo y de la santa Magdalena y de todos los Apóstoles, cuando viesen írseles y desaparecer de sus ojos a quien tan robados tenía sus corazones? Y con todo esto, se dice que volvieron a Jerusalén con grande gozo por lo mucho que le amaban. Porque el mismo amor que les hacía sentir tanto su partida, por otra parte les hacía gozarse de su gloria, porque el verdadero amor no se busca a sí, sino al que ama. Resta considerar con cuánta gloria, con qué alegría y con qué voces y alabanzas sería recibido aquel noble triunfador en la ciudad soberana, cuál sería la fiesta y el recibimiento que le harían, qué sería ver ayuntados en uno hombres y ángeles y todos a una caminar a aquella noble ciudad, y poblar aquellas sillas desiertas de tantos años, y subir sobre todos aquella sacratísima humanidad, y asentarse a la diestra del Padre. Todo es mucho de considerar para que se vea cuán bien empleados son los trabajos por amor de Dios, y cómo el que se humilló y padeció más que todas las criaturas es aquí engrandecido y levantado sobre todas ellas, para que por aquí entiendan los amadores de la verdadera gloria el camino que han de llevar para alcanzarla, que es descender para subir y ponerse debajo de todos para ser levantado sobre todos.

---

1. *Reg., II*, 10.

CAPÍTULO V

De seis cosas que pueden entrevenir en el ejercicio de la oración

Éstas son, cristiano lector, las meditacionesen que puedes ejercitar los días de la semana, para que así no te falte materia en qué pensar. Mas aquí es de notar que antes de esta meditación pueden preceder algunas cosas y seguirse después otras que están anejas y son como vecinas de ellas.

Porque, primeramente, antes que entremos en la meditación es necesario aparejar el corazón para este salto ejercicio, que es como quien templa la vihuela para tañer.

Despés de la preparación se sigue la lección del paso que se ha de meditar en aquel día, según el repartimiento de los días de la semana (como arriba lo tratamos). Lo cual sin duda es necesario a los principios, hasta que el hombre sepa lo que ha de meditar.

Despues de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos y un ofrecimiento de toda nuestra vida y de la de Cristo nuestro Salvador, en recompensa de ellos.

La última parte es la petición que propiamente se llama oración, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia.

Estas seis cosas pueden entrevenir en la oración, y las cuales, entre otros provechos, tienen también éste, que dan al hombre más copiosa materia de meditar, poniéndole delante todas estas diferencias de manjares, para que si no pudiere comer de uno, coma del otro, y para que si en una cosa se le acabare el hilo de la meditación, entre luego en otra donde se le ofrezca otra cosa en qué meditar.

Bien veo que ni todas estas partes ni este orden es siempre necesario, más todavía servirá esto a los que comienzan, para que tengan alguna orden e hilo por donde se puedan al principio regir. Y por esto, de ninguna cosa que aquí difere, quiero que se haga ley perpetua ni regla general; porque mi intento no fue hacer ley, sino introducción para imponer a los nuevos en este camino, en el cual, después que hubieren entrado, el uso y la experiencia, y mucho más el Espíritu Santo, les enseñará lo demás.

CAPÌTULO VI

De la preparación que se requiere para antes de la oración

Agora será bien que tratemos en particular de cada una de estas partes susodichas, y primero de la preparación que es primera de todas.

Puesto en el lugar de la oración de rodillas, o en pie, o en cruz, o postrado, o sentado si de otra manera no pudiese estar, hecha primero la señal dela cruz, recogerá su imaginación y apartarla ha de todas las cosas de esta vida levantará su entendimiento arriba, considerando que lo mira Nuestro Señor. Y estará allí con aquella atención y reverencia como que realmente le tuviese presente, y con un general arrepentimiento de sus pecados (si es la oración de la mañana) dirá la confesión general, y si es la oración de la noche, examinará su conciencia de todo lo que aquel día ha pensado, hablado, obrado y oído, y del olvido que de Nuestro Señor ha tenido, y doliéndose de los defectos de aquel día y de todos los de la vida pasada, y humillándose delante de la Divina Majestad ante quien está, dirá aquellas palabras del Santo Patriarca [1]: *Hablaré a mi Señor, aunque sea*

---

1. *Gen., XIX, 27.*

polvo y ceniza, y luego dirá aquellos versos del salmo [1]: *A ti levanté mis ojos, que moras en los cielos. Así como los ojos de los siervos están puestos en las manos de sus señores, y como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así están puestos nuestros ojos en Nuestro Señor, esperando que haya misericordia de nosotros.*

Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros, Gloria Patri, etc. Y porque no somos, Señor, poderosos para pensar cosa buena de nuestra parte, sino que toda nuestra suficiencia es de Dios, ni nadie puede invocar dignamente el nombre de Jesús sino con favor del Espíritu Santo. Por tanto, *Ven, oh dulcísimo Espíritu, y envía dende el cielo los rayos de tu luz. Ven, oh Padre de los pobres. Ven, oh dador de las lumbres. Ven, lumbre de las corazones. Ven, consolador muy bueno y dulce huésped de nuestra ánima y dulce refrigerio de ella. En el trabajo, su descanso; en el ardor del estío, su templanza, y en las lágrimas, su consuelo. Oh luz beatísima, hinche lo íntimo del corazón de tus fieles V. Emitte spritum tuum, et creabuntur. R. Et renovabis faciem terrae. Oratio. Deus qui corda fidelium,* etc.

Dicho esto, suplicará luego a nuestro Señor que le dé gracia para que esté allí con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento interior, y con aquel temor y reverencia que conviene para estar ante tan soberana Majestad, y que así gaste aquel tiempo de la oración, que salga de ella con nuevas fuerzas y aliento para todas las cosas de su servicio, porque la oración que no pare luego este fruto muy imperfecta es y muy de bajo valor.

---

1. *Ps.-CXXII,* 1

CAPÍTULO VII

De la lección

Concluida la preparación, se sigue luego la lección de lo que se ha de meditar en la oración. La cual no ha de ser apresurada ni corrida, sino atenta y sosegada; aplicando a ella no sólo el entendmiento para entender lo que se lee, sino mucho más la voluntad para gustar lo que se entiende. Y cuando hallare algún paso devoto, deténgase algo más en él para mejor sentirlo; y no sea muy larga la lección, porque se dé más tiempo a la meditación, que es tanto de mayor provecho, cuanto rumia y penetra las cosas más despacio y con más afectos; pero cuando tuviere el corazón tan distraído que no pueda entrar en la oración, puédese detener algo más en la lección, o ayuntar en uno la lección con la meditación, leyendo un paso y meditando sobre él, y luego otro de la misma manera; porque yendo de esta manera atado el entendimiento de las palabras de la lección, no tiene tanto lugar de derramarse por diversas partes como cuando va libre y suelto. Aunque mejor sería pelear en desechar los pensamientos y perseverar y luchar (como otro Jacob toda la noche) en el trabajo dela oración. Porque al fin, acabada la batalla, se alcanza la victoria, dando Nuestro Señor la devoción u otra gracia mayor, la cual nunca se niega a los que fielmente pelean.

CAPÍTULO VIII

De la meditación

Se sigue después de la lección la meditación del paso que habemos leído. Y ésta unas veces es de cosas que se pueden figurar con la imaginación, como son todos los pasos de la vida y pasión de Cristo, el juicio final, el infierno, el paraíso. Otras es de cosas que pertenecen más al entendimiento que a la imaginación, como es la consideración de los beneficios de Dios, de su bondad o misericordia, o cualquiera otra de sus perfecciones.

Esta meditación se llama intelectual, y la otra imaginaria. Y de la una y de la otra solemos usar en estos ejercicios, según que la materia de las cosas lo requiere. Y cuando la meditación es imaginaria, habemos de figurar cada cosa de éstas de la manera que ella es, o de la manera que pasaría, y hacer cuenta que en el propio lugar donde estamos pasa todo aquello en presencia nuestra, porque con esta consideración y asentimiento de ellas, y aun imaginar que pasan estas cosas dentro de nuestro corazón es mejor, que pues caben en él ciudades y reinos, mejor cabrá la representación de estos misterios, y ayudará esto mucho para traer el ánima recogida, ocupándose dentro de sí mismo (como abeja dentro de su corcho) en labrar su panal de miel; porque ir con el pensamiento a Jerusalén a meditar las cosas que allí pasaron en sus propios lugares, es cosa que suele enflaquecer y

hacer daño a las cabezas; y por esta misma razón no debe el hombre hincar mucho la imaginación en las cosas que piensa, por no fatigar con esta vehemente aprensión la naturaleza.

CAPÍTULO IX

Del hacimiento de gracias

Acabada la meditación se sigue el hacimiento de gracias; para lo cual se debe tomar ocasión de la meditación pasada, haciendo gracias a Nuestro Señor por el beneficio que en aquélla nos hizo; como si la meditación fue de la Pasión, debe dar gracias a Nuestro Señor, porque nos redimió con tantos trabajos; y si fue de los pecados, porque esperó tanto tiempo a penitencia; y si de las miserias desta vida, por las muchas de lo que nos ha librado; y si del paso de la muerte, porque lo libró de los peligros de ella y esperó a penitencia. Y si de la gloria del paraíso, porque le crió para tanto bien, y así de los demás.

Con estos beneficios juntará todos los otros que arriba tratamos, que son el beneficio de la creación, conservación, redención, vocación, etcétera. Y así dará gracias a Nuestro Señor, porque le hizo a su imagen y semejanza, y le dio memoria para que se acordase de Él; entendimiento, para que le conociese; voluntad para que le amase. Y porque le dio un Ángel que le guardase de tantos trabajos y peligros y tantos pecados mortales, y de la muerte cuando estaba en ellos, que no fue menos que librarlo de la muerte eterna; y porque tuvo por bien de tomar nuestra naturaleza, y morir por nosotros. Y porque le hizo nacer de padres cristianos, y le dio el sagrado bautismo, y en él le dio su gracia, y prometió su gloria, y le

recibió por hijo adoptivo. Y porque le dio armas para pelear contra el demonio, y el mundo, y la carne, en el Sacramento de la Confirmación. Y porque le dio a sí mismo en el Sacramento del Altar. Y porque le dio el Sacramento de la Penitencia, para tornar a cobrar la gracia perdida por el pecado mortal,y por las muchas buenas inspiraciones que siempre le ha enviado y envía, y por la ayuda que le dio para orar y bien obrar y perseverar en el bien comenzado. Y con estos beneficios junte los demás benficios generales y particulares que conoce haber recibido de Nuestro Señor. Y por éstos y todos los otros, así públicos como secretos, dé todas cuantas gracias pudiere, y convide a todas las cristuras, así del cielo como de la tierra, para que le ayuden a este oficio. Y con este espíritu podrá decir, si quiere, aquel cántico [1]: *Benedicite omnia opera Domini Domino, laudate, et superezaltate*. O el salmo [2]: *Benedic anima mea, Domino, et omnia quae intra me sunt nomini sancto ejuz. Benedic anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejuz. Qui propiciatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas. Qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia, et miserationibus, etc.*

---

1. *Dan., III*, 57.
2. *Ps., CII*, 1-4.

CAPÍTULO X

Del ofrecimiento

Dadas de todo corazón al Señor las gracias por todos estos beneficios, luego, naturalmente, prorrumpe el corazón en aquel afecto del profeta David, que dice [1]: *¿Qué daré yo al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?* . A este deseo satisface el hombre en alguna manera, dando y ofreciendo a Dios de su parte todo lo que tiene y puede ofrecerle.

Y para esto primeramente debe ofrecerse así mismo por perpetuo esclavo suyo, resignándose y poniéndose en sus manos para que haga de él todo lo que quisiere en tiempo y en eternidad, y ofrecer juntamente todas sus palabras, obras, pensamientos y trabajos, que es todo lo que hiciere y padeciere para que todo sea gloria y honra de su santo nombre.

Lo segundo, ofrezca al Padre los méritos y servicios de su Hijo, y todos los trabajos que en este mundo por su obediencia padeció dende el pesebre hasta la Cruz, pues todos ellos son hacienda nuestra y herencia que Él nos dejó en el Nuevo Testamento, por el cual nos hizo herederos de todo este gran tesoro.*Y así como no es menos mío lo dado de gracia que lo adquirido por mi lanza,* así no son menos míos los méritos y el derecho que a mí me dio que si yo los hubiera sudado y trabaja-

---

1. *Ps. CXV,* 12.

do por mí. Y por esto, no menos puede ofrecer el hombre esta segunda ofrenda que la primera, recontando por su orden todos estos servicios y trabajos y todas las virtudes de su vida santísima, su obediencia, su paciencia, su humildad, su fidelidad, su caridad, su misericordia, con todas las demás, porqué ésta es la más rica y más preciosa ofrenda que le podemos ofrecer.

CAPÍTULO XI

De la petición

Ofrecida tan rica ofrenda, seguramente podemos pedir luego mercedes por ella. Y primeramente pidamos con gran afecto de caridad y con celo de la honra de Nuestro Señor, que todas las gentes y naciones del mundo le conozcan, alaben y adoren como su único, verdadero Dios y Señor, diciendo de lo íntimo de nuestro corazón aquellas palabras del Profeta [1] :*Confiésente los pueblos, Señor; confiésente los pueblos*. Roguemos también por las cabezas de la Iglesia, como son: Papa, Cardenales, Obispos, con todos los otros Ministros y Prelados inferiores, para que el Señor los rija y alumbre de tal manera, que lleven a todos los hombres al conocimiento y obediencia de su criador. Y asimismo debemos rogar (como lo aconseja San Pablo) por los reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, para que mediante su providencia vivamos vida quieta y reposada, porque esto es acepto delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Roguemos también por todos los miembros de su cuerpo místico, por los justos, que el Señor los conserve, y por los pecadores, que los convierta, y por

---

1. *Ps. LXVI,* 4, 6

los difuntos, que los saque misericordiosamente de tanto trabajo y los lleve al descanso de la vida perdurable.

Roguemos también por todos los pobres, enfermos, encarcelados, cautivos, etc. Que Dios, por los méritos de su Hijo, los ayude y libre del mal.

Y después de haber pedido para nuestros prójimos, pidamos luego para nosotros, y qué sea lo que le habemos de pedir, su misma necesidad lo enseñará a cada uno, si bien se conociere. Mas para mayor facilidad de esta doctrina, podemos pedir las mercedes siguientes:

Primeramente pidamos, por los méritos y trabajos de este Señor, perdón de todos nuestros pecados y enmienda de ellos, y especialmente pidamos favor contra todas aquellas pasiones y vicios a que somos más inclinados y más tentados, descubriendo todas estas llagas a aquel médico celestial para que Él las sane y las cure con la unción de su gracia.

Lo segundo, pidamos aquellas altísimas y nobílisimas virtudes en que consiste la suma de toda perfección cristiana que son: fe, esperanza, amor, temor, humildad paciencia, obediencia, fortaleza para todo trabajo, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, discreción, pureza de intención, con otras semejantes virtudes que están en la cumbre de este espiritual edificio: porque la fe es la primera raiz de toda la cristiandad; la esperanza es el báculo y remedio contra las tentaciones de esta vida; la caridad es fin de toda la perfección cristiana; el temor de Dios es principio de la verdadera sabiduría; la humildad es el fundamento de todas las virtudes; la paciencia es armadura contra los golpes y encuentros del enemigo; la obediencia es muy agradable ofrenda, donde el hombre ofrece a sí mismo a Dios en sacrificio; la discreción es los ojos con que el alma ve y anda todos sus caminos; la fortaleza, los brazos con que hace todas sus obras, y la pureza de intención, la que refiere y endereza todas nuestras obras a Dios.

Lo tercero, pidamos luego otras virtudes que, además de ser ellas de suyo muy principales, sirven para la guarda de estas mayores, como son: la templanza en comer y beber, la moderación de la lengua, la guarda de los sentidos, la mesura y composición del hombre exterior, la suavidad y buen ejemplo

para los prójimos, el rigor y aspereza para consigo, con otras virtudes semejantes.

Después de esto, acabe con la petición del amor de Dios y en ésta se detenga y ocupe la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos (pues en ella consiste todo nuestro bien), y podrá decir así:

Petición especial del amor de Dios

Sobre todas estas virtudes, dame, Señor, tu gracia, para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis fuerzas y con todas mis entrañas, así como tú lo mandas. ¡Oh, toda mi esperanza, toda mi gloria, todo mi refugio y alegría! ¡Oh, el más amado de los amados! ¡Oh, esposo florido, esposo suave, esposo melifluo! ¡Oh, dulzura de mi corazón! ¡Oh, vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu! ¡Oh, hermoso y claro día de la eternidad, y serena luz de mis entrañas, y paraíso florido de mi corazón! ¡Oh, amable principio mío y suma suficiencia mía!

Apareja, Dios mio, apareja, Señor, una agradable morada para ti en mí, para que, según la promesa de tu santa palabra, vengas a mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada a tus ojos y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y embriágala con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh! ¿Cuándo será esto? ¿Cuándo te agradaré en todas las cosas? ¿Cuándo dejaré de ser mío? ¿Cuándo ninguna cosa fuera de ti vivirá en mí? ¿Cuándo ardentísimamente te amaré? ¿Cuándo me abrasará toda la llama de tu amor? ¿Cuándo estaré todo derretido y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo abrirás a este pobre mendigo y le descubrirás el hermosísimo Reino tuyo que está dentro de mí, el cual eres tú con todas tus riquezas? ¿Cuándo me arrebatarás y anegarás y transportarás y esconderas en ti, donde nunca más parezca? ¿Cuándo, quitados todos impedimentos y estorbos, me harás un espíritu contigo, para que nunca ya me pueda más apartar de ti?

¡Oh, amado, amado, amado de mi ánima! ¡Oh dulzura, dulzura de mi corazón! ¡Óyeme, Señor, no por mis

merecimientos sino por tu infinita bondad! Enséñame, alúmbrame, enderézame y ayúdame en todas las cosas para que ninguna cosa se haga ni diga, sino lo que fuere a tus ojos agradable. ¡Oh Dios mío, amado mio, entrañas mías, bien de mi ánima! ¡Oh amor mío dulce! ¡Oh deleite mío grande! ¡Oh fortaleza mía, veladme; luz mía, guiadme!

¡Oh Dios de mis entrañas! ¿Por qué no te das al pobre? ¡Hinches los cielos y la tierra, y mi corazón dejas vacio! Pues vistes los lirios del campo, y guisas de comer a las avecilas y mantienes los gusanos, ¿por qué te olvidas de mi, pues a todos olvido por ti? ¡Tarde te conocí, bondad infinita! ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡Triste del tiempo que no te amé! ¡Triste de mí, pues no te conocía! !Ciego de mí, que no te veía! ¡Estabas dentro de mí, y yo andaba a buscarte por de fuera! Pues aunque te hallé tarde, no permitas, Señor, por tu divina clemencia, que jamás te deje.

Y porque una de las cosas que más te agradan y más hieren tu corazón es tener ojos para saberte mirar, dame, Señor, esos ojos con que te mire; conviene saber: ojos de paloma sencillos; ojos castos y vergonzosos; ojos humildes y amorosos; ojos devotos y llorosos; ojos atentos y discretos, para entender la voluntad y cumplirla, para que, mirándote yo con estos ojos, sea de ti mirado con aquellos ojos con que miraste a San Pedro, cuando le hiciste llorar su pecado; con aquellos ojos con que miraste al hijo Pródigo, cuando le saliste a recibir y le diste beso de paz; con aquellos ojos con que miraste al publicano, cuando él no osaba alzar los ojos al cielo; con aquellos ojos con que miraste a la Magdalena, cuando ella lavaba tus pies con las lágrimas de los suyos; finamente, con aquellos ojos con que miraste a la Esposa en los cantares, cuando le dijiste: Hermosa eres, amiga mía; hermosa eres, tus ojos son de paloma, para que, agradándote de los ojos y hermosura de mi ánima, le des aquellos arreos de virtudes y gracias con que siempre te parezca hermosa.

¡Oh Altísima, Clementísima, Benignísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, un solo Dios verdadero, enséñame, enderézame y ayúdame, Señor, en todo! ¡Oh Padre todopoderoso, por la grandeza de tu infinito poder, asienta y

confirma mi memoria en ti e hínchela de santos y devotos pensamientos ! ¡Oh Hijo Santísimo, por la eterna sabiduría tuya, clarifica mi entendimiento y adórnalo con el conocimiento de la suma verdad y de mi extremada vileza! ¡Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo; por tu incomprensible bondad, traspasa en mí toda tu voluntad y enciéndela con un tan grande fuego de amor, que ningunas aguas la puedan apagar! ¡Oh Trinidad Sagrada, único Dios mío, y todo mi bien! ¡Oh si pudiese yo alabarte y amarte como te alaban y aman todos los ángeles! ¡Oh si tuviese yo el amor de todas las criaturas, cuán de buena gana te lo daría y traspasaría en ti, aunque ni éste bastaría para amarte como tú mereces! Tú sólo te puedes dignamente amar y dignamente alabar, porque tú sólo comprendes tu incomprensible bondad, y asi tú solo la puedes amar cuanto ella merece, de manera que en sólo ese divínisimo pecho se guarda justicia de amor.

¡Oh María, María, María, Virgen Santísima, Madre de Dios, Reina del cielo, Señora del mundo, Sagrario del Espíritu Santo, Lirio de pureza, Rosa de paciencia, Paraíso de deleites, Espejo de Castidad, Dechado de inocencia! Ruega por este pobre desterrado y peregrino, y parte con él de las sobras de tu abundantísima caridad. Oh vosotros, bienaventurados Santos y Santas, y vosotros, bienaventurados espíritus, que así ardéis en el amor de vuestro Criador, y señaladamente vosotros, Serafines, que abrasáis los cielos y la tierra con vuestro amor, no desamparéis este pobre miserable corazón, sino alimpiadlo, como los labios de Isaías, de todos sus pecados, y abrasadlo con la llamada de ese vuestro ardentísimo amor, para que sólo a este Señor ame, a Él sólo repose y more en siglos de los siglos. Amen.

CAPÍTULO XII

De algunos avisos que se deben tener en este ejercicio

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para dar materia de consideración, que es una de las principales partes de este negocio, porque la menor parte de la gente tiene suficiente materia de consideración, y así, por falta de ella, faltan muchos en este ejercicio. Ahora diremos sumariamente la manera y forma que en esto se podrá tener. Y aunque de esta materia el principal Maestro sea el Espíritu Santo, pero todavía la experiencia nos ha mostrado ser necesarios algunos avisos en esta parte, porque el camino para ir a Dios es arduo y tiene necesidad de guía, sin la cual muchos andan mucho tiempo perdidos y descaminados.

Primer aviso

Sea, pues, el primer aviso éste: que cuando nos pusiéremos a considerar alguna cosa delas susodichas en sus tiempos y ejercicios determinados, no debemos estar tan atados a ella, que tengamos por mal hecho salir de aquella a otra, cuando halláremos en ella más devoción, más gusto o más provecho, porque, como el fin de todo esto sea la devoción, lo que más

sirviere para este fin, eso se ha de tener por lo mejor. Aunque esto no se debe hacer por livianas causas, sino con ventaja conocida. Asimismo, si en algún paso de su oración o meditación sintiere más gusto o devoción que en otro, deténgase en él todo el espacio que le durase este afecto, aunque todo el tiempo del recogimiento se le vaya en eso. Porque como el fin de todo esto sea la devoción (como dijimos), yerro sería buscar en otra parte, con esperanza dudosa, lo que ya tenemos en las manos cierto.

Segundo aviso

Sea el segundo, que trabaje el hombre por excusar en este ejercicio la demasiada especulación del entendimiento, y procure de estar este negocio más con afectos y sentimientos de la voluntad, que con discursos y especulaciones del entendimiento. Porque sin duda no aciertan este camino los que de tal manera se ponen en la oración a meditar los Misterios Divinos, como si los estudiasen para predicar, lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo y andar más fuera de sí, que dentro de sí De donde nace que, acabada su oración, se quedan secos y sin jugo de devoción, y tan fáciles y ligeros para cualquier liviandad como lo estaban antes. Porque en hecho de verdad, los tales no han orado, sino parlado y estudiado, que es un negocio bien diferente de la oración. Deberían los tales considerar que en este ejercicio más nos llegamos a escuchar que a parlar. Pues para acertar en este negocio, lléguese el hombre con corazón de una viejecita ignorante y humilde, y más con voluntad dispuesta y aparejada para sentir y aficionarse a las cosas de Dios que con entendimiento despabilado y atento para escudriñarlas, porque esto es propio de los que estudian para saber, y no de los que oran y piensan en Dios para llorar.

Tercer aviso

El aviso pasado nos enseña cómo debemos sosegar el entendimiento y entregar todo este negocio a la voluntad; mas el presente pone también su tasa y medida a la misma voluntad,

para que no sea demasiada ni vehemente en su ejercicio, para lo cual es de saber que la devoción que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar a fuerza de brazos (como algunos piensan), los cuáles, con demasiados ahíncos y tristezas forzadas y como hechizas, procuran alcanzar lágrimas y compasión cuando piensan en la Pasión del Salvador, porque eso suele secar más el corazón y hacerlo más inhábil para la visitación del Señor, como enseña Casiano [1]. Y demás de esto suelen estas cosas hacer daño a la salud corporal, y a veces dejan el ánimo tan atemorizado con el sinsabor que allí recibió, que teme tornar otra vez al ejercicio como a cosa que experimentó haberle dado mucha pena. Conténtese, pues, el hombre con hacer buenamente lo que es de su parte, que es hallarse presente a lo que el Señor padeció, mirando con una vista sencilla y sosegada y con un corazón tierno y compasivo y aparejado para cualquier sentimiento que el Señor le quisiere dar lo que por Él padeció, más dispuesto para recibir el efecto, que su misericordia le diere, que para exprimirlo a fuerza de brazos. Y esto hecho, no se acongoje por lo demás, cuando no le fuera dado.

Cuarto aviso

De todo lo susodicho podemos colegir cuál sea la manera de atención que debemos tener en la oración, porque aquí principalmente conviene tener el corazón no caído ni flojo, sino vivo, atento y levantado a lo alto. Mas así como es necesario estar aquí con esta atención sea templada y moderada, porque no sea dañosa a la salud ni impida a la devoción, porque algunos hay que fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos a lo que piensan, como ya dijimos. Y otros hay que, por huir de este inconveniente, están allí muy flojos y remisos y muy fáciles para ser llevados de todos vientos. Para huir de estos extremos conviene llevar tal medio, que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza,

---

1. *Collation 9*, cap. 30.

ni con el mucho descuido y flojedad debemos andar vagueando el pensamiento por do quisiese. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa que lleve la rienda tiesa, conviene saber, ni muy apretada ni muy floja, porque ni vuelva atrás, ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada y no forzada, con cuidado y no con fatiga congojosa.

Mas particularmente conviene avisar que al principio de la meditación no fatiguemos la cabeza con demasiada atención, porque cuando esto se hace suelen faltar por adelante las fuerzas, como faltan al caminante cuando al principio de la jornada se da mucha prisa al caminar.

Quinto aviso

Mas entre todos estos avisos, el principal sea que no desmaye el que ora, ni desista de su ejercicio cuando no siente luego aquella blandura de devoción que él desea. Necesario es con longanimidad y perseverancia esperar la venida del Señor, porque a la gloria de Su Majestad y a la bajeza de nuestra condición y a la grandeza del negocio que tratamos pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio sagrado.

Pues cuando de esta manera hayas aguardado un poco de tiempo, si el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te pareciere que no viene, humíllate delante de Él, y conoce que no mereces lo que no te dieron, y conténtate con haber allí hecho sacrificio de ti mismo y negado tu propia voluntad y crucificado tu apetito y luchado con el demonio y contigo mismo,y hecho a lo menos eso que era de tu parte. Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que lo adoraste en espíritu y en verdad, como Él quiere ser adorado [1]. Y créeme, cierto, que éste es el caso más peligroso de esta navegación y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos, y que si de éste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

Finalmente, si todavía te pareciese que era tiempo perdido per-

---

1. *Io., IV*, 23.

severar en la oración y fatigar la cabeza sin provecho, en tal caso no tendría por inconveniente que, después de haber hecho lo que es en ti, tomases algún libro devoto y trocases por entonces la oración por la lección; con tanto que el leer fuese, no corrido ni apresurado, sino reposado y con mucho sentimiento de lo que vas leyendo, mezclando muchas veces en sus lugares la oración con la lección, lo cual es cosa muy provechosa y muy fácil de hacer a todo género de personas, aunque sean muy rudas y principalmente en este camino.

Sexto aviso

Y no es diferente documento del pasado, ni menos necesario avisar que el siervo de Dios no se contente con cualquier gustillo que halle en su oración (como hacen algunos que en derramando una lagrimilla, o sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido con su ejercicio). Esto no basta para lo que aquí pretendemos. Porque así como no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojar la tierra por fuera, sino que es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje harta de agua para que pueda fructificar, así también es acá necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar fruto de buenas obras. Pues por esto con mucha razón se aconseja que tomemos para este santo ejercicio el más largo espacio que pudiéramos. Y mejor seria un rato largo que dos cortos, porque si el espacio es breve, todo él se basta en sosegar la imaginación y aquietar el corazón, y después de ya quieto, levantámonos del ejercicio, cuando la hubiéramos de comenzar.

Y descendiendo más en particular a limitar este tiempo, paréceme que todo lo que *es menos de hora y media o dos horas es corto el plazo para la oración,* porque muchas veces se pasa más que media hora en templar la vihuela, y en quietar (como dije) la imaginación, y todo el otro espacio es menester para gozar del fruto de la oración. Verdad es que cuando este ejercicio se tiene después de algunos otros santos ejercicios, como es después de maitines o después de haber oído o dicho misa o después de alguna devota lección u oración vocal, más

dispuesto se halla el corazón para este negocio y (así como en leña seca) muy más presto se enciende este fuego celestial. También el tiempo de madrugada sufre ser más corto porque es el más aparejado de cuantos hay para este oficio. Mas el que fuere pobre de tiempo por sus muchas ocupaciones, no deje de ofrecer su cornadillo con la pobre viuda en el Templo [1], porque si esto no queda por su negligencia, Aquel que todas las criaturas provee conforme a su necesidad y naturaleza, proveerá a él también según la suya.

Séptimo aviso

Conforme a este documento se da otro semejante a él, y es que cuando el alma fuere visitada en la oración, o fuera de ella, con alguna particular visitación del Señor, que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora que sin Él en muchos días. Así se dice que lo hacía San Francisco, de quien escribe San Buenaventura [2] que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que si andando camino lo visita nuestro Señor con alguna particular visitación, hacía ir delante los compañeros y él estábase quedo hasta acabar de rumiar y digerir aquel bocado que le venía del cielo. Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen a Dios cuando lo buscaren, pues cuando Él los buscaba no los halló.

Octavo aviso

El último y más principal aviso sea que procuremos en este santo ejercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir a la otra, para lo cual es de saber que el oficio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas discurriendo de unas en otras para mover nuestro corazón a algún efecto y

---

1. *Lc., XXI,* 2.
2. En su *Vida.*

sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella de él. Mas la contemplación es haber ya sacado esta centella, quiero decir, haber ya hallado este efecto y sentimiento que se buscaba, y estar con reposo y silencio gozando de él,no con muchos discursos y especulaciones del entendimiento, sino con una simple vista de la verdad, por lo cual dice un santo doctor que la meditación discurre con trabajo y con fruto; mas la contemplación sin trabajo y con fruto; la una busca, la otra halla; una rumia el manjar, la otra lo gusta; la una discurre y hace consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de ellas; finalmente, la una es como medio, la otra como fin; la una como camino y movimiento, y la otra como término de este camino y movimiento.

De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan todos los maestros de la vida espiritual (aunque poco entendida de los que la leen), conviene saber, que así como alcanzado el fin cesan los medios, como tomando el puerto cesa la navegación, así cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegare al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella piadosa y trabajosa inquisición. Y contento con una simple vista y memoria de Dios (Como si lo tuviese presente), gozar de aquel afecto que se le dá, ora sea de amor, ora de admiración o de alegría o cosa semejante. La razón porque esto se aconseja es porque, como el fin de todo este negocio consiste más en el amor y afectos de la voluntad que en la especulación del entendimiento, cuando ya la voluntad está presa, y tomada de este afecto, debemos excusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento, en cuanto nos sea posible, para que nuestra ánima con todas sus fuerzas se emplee en esto sin derramarse por los actos de otra potencia, Y por eso aconseja un doctor, que así como el hombre se sintiere inflamar del amor de Dios, debe luego dejar todos estos discursos y pensamientos (por muy altos que parezcan), no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa más que cesar el movimiento llegado el término y dejar la meditación por amor de la contemplación. Lo cual señaladamente se puede hacer al fin de todo el ejercicio,

que es después de la petición del amor de Dios, de que arriba tratamos; lo uno, porque se presupone ya entonces que el trabajo del ejercicio pasado habrá parido algún afecto y sentimiento de Dios, pues (como dice el Sabio), *más vale el fin de la oración, que el principio* [1], y lo otro, porque después del trabajo de la meditación y oración, es razón que el hombre dé un poco de huelga al entendimiento y le deje reposar en los brazos de la contemplación , pues en este tiempo deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren, acalle el entendimiento, quiete la memoria y fíjela en Nuestro Señor, considerando que está en su presencia, no especulando por entonces cosas particulares de Dios. Conténtese con el conocimiento que de Él tiene por fe y aplique la voluntad y el amor, pues éste sólo le abraza y en él está el fruto de toda la meditación, y el entendimiento es casi nada lo que de Dios puede conocer y puédele la voluntad mucho amar. Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima donde está la imagen de Dios, y allí esté atento a Él, como quien escucha al que habla de alguna torre alta, o como que le tuviese dentro de su corazón, y como que en todo lo criado no hubiese otra cosa sino sola ella o solo él. Y aun de sí misma y de lo que hace se había de olvidar, porque, como decía uno de aquellos Padres [2], *aquélla es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando*. Y no sólo al fin del ejercicio, sino también al medio y en cualquier otra parte que nos tomare este sueño espiritual, cuando está como adormecido el entendimiento de la voluntad, debemos hacer esta pausa y gozar de este beneficio y volver a nuestro trabajo, acabado de digerir y gustar aquel bocado, así como hace el hortelano cuando riega una era, que después de llena de agua detiene el hilo de la corriente y deja empapar y difundirse por las entrañas de la tierra seca lo que ha recibido, y esto hecho, torna a soltar el hilo de la fuente, para que aún reciba más y más y quede mejor regada. Mas lo que entonces el ánima siente, lo que goza la luz, y la hartura, y la caridad y paz que recibe, no se puede explicar

---

1. *Eccles., VII*, 7.

2. CASIAN., *Collat., et* DIONIS. AREOP., cap. 2º.

con palabras, pues aquí está la paz que excede todo sentido y la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

Algunos hay tan tomados del amor de Dios, que, apenas han comenzado a pensar en Él, cuando luego la memoria de su dulce nombre les derrite las entrañas, los cuáles tienen tan poca necesidad
de discursos y consideraciones para amarle, como la madre o la esposa para regalarse con la memoria de su hijo o esposo, cuando le hablan de él; y otros que no sólo en el ejercicio de la oración, sino fuera de él, andan tan absortos y tan empapados en Dios, que de todas las cosas y de sí mismos se olvidan por Él, porque si esto puede muchas veces el amor furioso de un perdido, ¿cuánto más lo podrá el amor de aquella infinita hermosura, pues no es menos poderosa la gracia que la naturaleza y que la culpa? Pues cuando esto el ánima sintiere, en cualquier parte de la oración que lo sienta, en ninguna manera lo debe desechar, aunque todo el tiempo del ejercicio se gastase en esto, sin rezar o meditar las otras cosas que tenía determinadas, si no fuesen de obligación, porque así como dice San Agustín [1] *que se ha de dejar la oración vocal cuando alguna vez fuese impedimento de la devoción, así también se debe dejar la meditación cuando fuese impedimento de la contemplación.*

Donde también es mucho de notar que así como nos conviene dejar la meditación por la afección para subir de menos a más, así, por el contrario, a veces convendrá dejar la afección por la meditación, cuando la afección fuese tan vehemente que se temiese peligro a la salud perseverando en ella, como muchas veces acaece a los que, sin este aviso, se dan a estos ejercicios y los toman sin discreción, atraí- dos por la fuerza de la divina suavidad. Y en tal caso como éste, dice un doctor, que es buen remedio salir a algún afecto de compasión, meditando un poco en la Pasión de Cristo, o en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

---

1. *In Enchirid.*

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Qué cosa sea devoción

El mayor trabajo que padecen las personas que se dan a la oración, es la falta de devoción que muchas veces en ella sienten; porque cuando ésta no falta, ninguna cosa hay más dulce ni más fácil que orar. Por esta razón (ya que habemos tratado de la materia de la oración y del modo que en ella se podrá tener), será bien tratemos ahora de las cosas que ayudan a la devoción y también de las que la impiden, y de las tentaciones más comunes de las personas devotas y de algunos avisos que para este ejercicio serán necesarios. Mas primero hará mucho al caso declarar qué cosa sea devoción, porque sepamos antes qué tal sea la joya por que militamos.

Devoción (dice Santo Tomás) [1] *es una virtud, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud y le despierta y facilita para el bien obrar.* La cual definición manifiestamente declara la necesidad y utilidad grande de esta virtud, porque en ella está encerrado más de lo que algunos pueden pensar.

Para lo cual es de saber que el mayor impedimento que tene-

---

1. 2º., 2a, quest, 82, art. 1.

mos para bien vivir es la corrupción de la naturaleza que nos vino por el pecado, de la cual procede una grande inclinación que tenemos para el mal y una grande dificultad y pesadumbre para el bien; estas dos cosas nos hacen dificultosísimo el camino de la virtud, siendo ella de suyo la cosa más dulce, más hermosa, más amable, más honrosa del mundo. Pues contra esa dificultad y pesadumbre proveyó la Divina Sabiduría de convenientísimo remedio, que es la virtud y socorro de la devoción; porque así como el viento cierzo esparce las nubes y deja el cielo sereno y descombrado, así la verdadera devoción sacude de nuestra ánima toda esta pesadumbre y dificultad, y la deja por entonces habilitada y desembarazada para todo bien, porque esta virtud es de tal manera virtud, que también es un especial don del Espíritu Santo, un rocío del cielo, un socorro y visitación de Dios alcanzado por la oración, cuya condición es pelear contra esta dificultad y pesadumbre, despedir esta tibieza, dar esta prontitud, henchir el ánima de buenos deseos, alumbrar el entendimiento, esforzar la voluntad, encender el amor de Dios, apagar las llamas de los malos deseos, causar hastío del mundo y aborrecimiento del pecado, y de dar al hombre por entonces otro fervor, otro espíritu y otro esfuerzo y aliento para bien obrar. De manera, que así como Sansón, cuando tenía cabellos, tenía mayores fuerzas que todos los otros hombres del mundo y, cuando éstos le faltaban, era tan flaco como todos los otros, así lo es también el ánima del cristiano, cuando tiene esta devoción; y cuando flaca, no la tiene. Esto es, pues, lo que Santo Tomás quiso significar en aquella definición, y ésta es sin duda la mayor alabanza que se puede decir de esta virtud, que siendo una sola, es como un estímulo y aguijón de todas las otras; y por esto, el que de verdad desea caminar por el camino de las virtudes, no vaya sin estas espuelas, porque nunca podrá sacar de harona a su mala bestia, si va sin ellas.

De lo dicho parece claro qué cosa sea la verdadera y esencial devoción: porque no es devoción aquella ternura de corazón o consolación que sienten algunas veces los que oran, sino esta prontitud y aliento para bien obrar, de donde muchas veces acaece hallarse lo uno sin lo otro, cuando el Señor quiere probar los suyos. Verdad es que de esta devoción y prontitud muchas

veces nace aquella consolación; y, por el contrario, esta misma consolación y gusto espiritual acrecienta la devoción esencial, que es aquella prontitud y aliento para bien obrar. Y por esta causa los siervos de Dios pueden, con mucha razón, desear y pedir estas alegrías y consolaciones, no por el gusto que en ellas hay, sino porque son causa de acrecentamiento de esta devoción que nos habilita para bien obrar, como lo significó el Profeta cuando dijo [1] : *Por el camino de los mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón;* conviene saber, con la alegría de tu consolación, que fue causa de esta ligereza. Pues de los medios por do se alcanza esta devoción, pretendemos ahora aquí tratar, y porque con esta virtud andan juntas todas las otras que tienen especial familiaridad con Dios, por eso tratar de los medios por do se alcanza la perfecta oración y contemplación, y las consolaciones del Espíritu Santo, y el amor de Dios y la sabiduría del cielo, y aquella unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual y es, finalmente, tratar de los medios por donde se alcanza el mismo Dios en esta vida, que es aquel tesoro del Evangelio y aquella preciosa margarita por cuya posesión el sabio mercader alegremente se deshizo de todas las cosas. Por donde parece que ésta es una altísima Teología, pues aquí se enseña el camino para el sumo bien, y paso por paso se arma una escalera para alcanzar el fruto de la felicidad, según que en esta vida se puede alcanzar.

---

1. *Ps. CXVIII, 32.*

CAPÍTULO II

De nueve cosas que ayudan a alcanzar la devoción

Las cosas, pues, que ayudan a la devoción son muchas; porque primeramente hace mucho al caso tomar estos santos ejercicios muy de veras y muy a pechos, con un corazón muy determinado y ofrecido a todo lo que fuere necesario para alcanzar esta preciosa margarita, por arduo y dificultoso que sea,porque es cierto que ninguna cosa grande hay que no sea dificultosa, y así también lo es ésta, a lo menos a los principios.

Ayuda también la guarda del corazón, de todo género de pensamientos ociosos y vanos, y de todos los afectos y amores peregrinos, y de todas las turbaciones y movimientos apasionados, pues está claro que cada cosa de éstas impide la devoción y que no menos conviene tener el corazón templado para orar y meditar que la vihuela para tañer. Ayuda también la guarda de los sentidos, especialmente de los ojos y de los oídos y de la lengua, porque por la lengua se derrama el corazón, y por los ojos y oídos se hinche de diversas imaginaciones, de cosas con que se perturba la paz y sosiego del ánima. Por donde con razón se dice que el contemplativo ha de ser sordo, ciego y mudo, porque cuanto menos se derrama por defuera, tanto más recogido estará de dentro.

Ayuda para esto mismo la soledad, porque no sólo quita las ocasiones de distraimiento a los sentidos y al corazón y las ocasiones de los pecados, sino también convida al hombre a que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo, movido con la oportunidad del lugar, que no admite otra compañía que ésta.

Ayuda, otrosí, la lección de los libros espirituales y devotos, porque dan materia de consideración y recogen el corazón y despiertan la devoción y hacen que el hombre de buena gana piense en aquello que le supo dulcemente; mas antes siempre se representa a la memoria lo que abunda en el corazón.

Ayuda la memoria continua de Dios, y el andar siempre en su presencia, y el uso de aquellas breves oraciones que San Agustín llama *jaculatorias* [1], porque éstas guardan la casa del corazón y conservan el calor de la devoción, como arriba se platicó. Y así se halla el hombre a cada hora pronto para llegarse a la oración. Éste es uno de los principales documentos de la vida espiritual, y uno de los mayores remedios para aquellos que ni tienen tiempo ni lugar para darse a la oración, y el que trajere siempre este cuidado, en poco tiempo aprovechará muy mucho.

Ayuda también la continuación y perseverancia en los buenos ejercicios en sus tiempos y lugares ordenados,mayormente a la noche o a la madrugada, que son los tiempos más convenibles para la oración, como toda la Escritura nos enseña.

Ayudan las asperezas y abstinencias corporales: la mesa pobre, la cama dura, el cilicio y la disciplina y otras cosas semejantes, porque todas estas cosas, así como nacen de devoción, así también despiertan, conservan y acrecientan la raíz de donde nacen.

Ayudan, finalmente, las obras de misericordia, porque nos dan confianza para padecer delante de Dios y acompañan nuestras oraciones con servicios, porque no se pueden llamar del todo ruegos secos, y merecen que sea misericordiosamente recibida la oración, pues procede de misericordioso corazón.

---

1. *In Epist. ad Prob.*, cap. 10, et. *Epist.*, 121.

CAPÍTULO III

De diez cosas que impiden la devoción

Y así como hay cosas que ayudan a la devoción, así también hay cosas que la impiden, entre las cuáles la primera es los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos, aunque no quitan la caridad, quitan el fervor de la caridad, que es casi lo mismo que devoción, ´por donde es razón evitarlos con todo cuidado, ya que no fuese por el mal que nos hacen, alo menos por el grande bien que nos impiden.

Impide también el remordimiento de la conciencia, que procede de los mismos pecados (cuando es demasiado),porque trae el ánima inquieta, y caída, y desmayada, y flaca para con todo buen ejercicio.

Impiden también los escrúpulos, por la misma causa, porque son como espinas, y no la dejan reposar y sosegar en Dios y gozar de la verdadera paz.

Impide también cualquier amargura y desabrimiento del corazón y tristeza desordenada, porque con esto muy mal se puede compadecer el gusto y suavidad de la buena conciencia y de la alegría espiritual.

Impiden, otrosí, los cuidados demasiados, los cuáles son aquellos mosquitos de Egipto que inquietan el ánima y no la dejan dormir este sueño espiritual que se duerme en la oración,

antes allí más que en otra parte la inquietan y divierten con su ejercicio.

Impiden también las ocupaciones demasiadas, porque ocupan el tiempo y ahogan el espíritu, y así dejan al hombre sin tiempo y sin corazón para vacar a Dios.

Impiden los regalos y consolaciones sensuales (cuando el hombre es demasiado en ellas), porque el que se da mucho a las consolaciones del mundo, no merece las del Espíritu Santo, como dice San Bernardo [1].

Impide el regalo en el demasiado comer y beber, mayormente las cenas largas porque éstas hacen muy mala cama a los espirituales ejercicios y a las vigilias sagradas, porque con el cuerpo pesado y harto de mantenimiento, muy mal aparejado está el ánimo para volar a lo alto.

Impide el vicio de la curiosidad, así de los sentidos como el entendimiento, que es querer oír y ver y saber muchas cosas y desear cosas pulidas, curiosas y bien labradas, porque todo esto ocupa el tiempo, embaraza los sentidos, inquieta el ánima y derrámala en muchas partes, y así impide la devoción.

Impide, finalmente, la interrupción de todos estos santos ejercicios, si no es cuando se deja por causa de alguna piadosa o justa necesidad, porque (como dice un doctor) es muy delicado el espíritu de la devoción, el cual después de ido, o no vuelve, o a lo menos con mucha dificultad. Y por esto, así como los árboles y los cuerpos humanos quieren sus riegos y mantenimientos ordinarios, y en faltando esto luego desfallecen y desmedran, así también lo hace la devoción, cuando le falta el riego y mantenimiento de la consideración.

Todo esto se ha dicho así sumariamente, para que mejor se pudiese tener en la memoria, la declaración de lo cual podrá ver quien quisiere con el ejercicio y larga experiencia.

---

1. *Serm. 5 in Natali Dom.*

CAPÍTULO IV

De las tentaciones más comunes que suelen fatigar a los que se dan a la oración, y de sus remedios

Será bien tratar ahora de las tentaciones más comunes de las personas que se dan a la oración y de sus remedios,las cuáles, por la mayor parte, son las siguientes: *Las faltas de las consolaciones espirituales. La guerra de los pensamientos importunos. Los pensamientos de blasfemia e infidelidad. El temor desordenado. El sueño demasiado. La desconfianza de aprovechar. La presunción de estar ya muy aprovechado . El apetito demasiado de saber. El indiscreto celo de aprovechar.* Éstas son las más comunes tentaciones que hay en este camino, los remedios de las cuáles son los siguientes:

Primer aviso

Primeramente, al que le faltaren las consolaciones espirituales, el remedio es que no por eso deje el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque le parezca desabrida y de poco fruto, sino póngase en la presencia de Dios como reo y culpado, y examine su conciencia, y mire si por ventura perdió esta gracia por su culpa, suplique al Señor con entera confianza le perdone, y declare las riquezas inestimables de su paciencia y misericordia

en sufrir y perdonar a quien otra cosa no sabe sino ofenderle De esta manera sacará provecho de su sequedad, tomando ocasión para más se humillar, viendo lo mucho que peca, y para más amar a Dios, viendo lo mucho que le perdona. Y aunque no halle gusto en estos ejercicios, no desista de ellos,porque no se requiere que sea siempre sabroso lo que ha de ser provechoso. A lo menos esto se halla por experiencia, que todas las veces que el hombre persevera en la oración con un poco de atención y cuidado haciendo buenamente lo que puede, al cabo sale de allí consolado y alegre viendo que hizo de su parte algo de lo que era en sí. Mucho hace en los ojos de Dios quien hace todo lo que puede, aunque pueda poco. No mira Nuestro Señor tanto al caudal del hombre, cuanto a su posibilidad y voluntad. Mucho da quien desea dar mucho, quien da todo lo que tiene, quien no deja nada para sí. No es mucho durar mucho en la oración, cuando es mucha la consolación. Lo mucho es que, cuando la devoción es poca, la oración es mucha, y mucha mayor la humildad, y la paciencia y la perseverancia en el bien obrar.

También es necesario en estos tiempos andar con mayor solicitud y cuidado que en los otros, velando sobre la guarda de sí mismo y examinando con mucha atención sus pensamientos, y palabras, y obras; porque como entonces nos falte la alegría espiritual (que es el principal remo de esta navegación), es menester suplir con cuidado y diligencia lo que falta de gracia. Cuando así te vieres, has de hacer cuenta (como dice San Bernardo) que se te han dormido las velas que te guardaban, y que se te han caído los muros que te defendían. Y por eso toda la esperanza de salud está en las armas, pues ya no te ha de defender el muro, sino la espada y la destreza en el pelear. ¡Oh cuánta es la gloria del ánima que de esta manera batalla, que sin escudo se defiende, y que sin armas pelea, y sin fortaleza es fuerte y, hallándose en la batalla sola, toma el esfuerzo y ánimo por compañía!

No hay mayor gloria en el mundo que imitar en las virtudes al Salvador. Y entre sus virtudes se cuenta por muy principal haber padecido lo que padeció, sin admitir en su ánima ningún género de consuelo. De manera que el que así padeciere y peleare, tanto será mayor imitador de Cristo cuanto más careciere de todo

género de consuelo. Y esto es beber el cáliz de la obediencia puro, sin mezcla de otro licor. Éste es el toque principal en que se prueba la fineza de los amigos, si son verdaderos o no lo son.

Segundo Aviso

Contra la tentación de los pensamientos importunos que nos suelen combatir en la oración el remedio es pelear varonil y perseverantemente contra ellos, aunque esta resistencia no ha de ser con demasiada fatiga y congoja de espíritu, porque no es este negocio tanto de fuerza, cuanto de gracia y humildad. Y por esto cuando el hombre se hallare de esta manera, debe volverse a Dios sin escrúpulo y sin congoja (pues esto o no es culpa,o es muy liviana), y con toda humildad y devoción, le diga: "¿Veis aquí, Señor mio, quién soy yo, qué se esperaba de este muladar, sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba de esta tierra que Vos maldijisteis, sino zarzas y espinas? Éste es el fruto que ella puede dar si Vos, Señor, no la limpiáis". Y dicho esto, torne a atar su hilo como de antes, y espere con paciencia la visitación del Señor, que nunca falta a los humildes.Y si todavía te inquietaren los pensamientos, y tú todavía perseverantemente les resistieres e hicieres lo que es en ti, debes tener por cierto que mucha más tierra ganas en esta resistencia que si estuvieras gozando de Dios a todo sabor.

Tercer aviso

Para remedio de las tentaciones de blasfemia es de saber que así como ningún linaje de tentaciones es más penoso que éste, así ninguno hay menos peligroso, y así el remedio es no hacer caso de las tentaciones, pues el pecado no está en el sentimiento, sino en el consentimiento y en el deleite, el cual aquí no hay, sino antes al contrario; y así, más se puede llamar ésta pena, que culpa, porque cuan lejos está el hombre de recibir alegría con estas tentaciones, tan lejos está de tener culpa en ellas. Y por eso el remedio (como dije) es menospreciarlas y no temerlas; porque cuando demasiadamente se temen, el mismo temor las despierta y las levanta.

Cuarto aviso

Contra las tentaciones de infidelidad, el remedio es que acordándose el hombre por un cabo de la pequeñez humana, y por otro de la grandeza divina, piense en lo que Dios le manda, y no sea curioso en querer escudriñar sus obras, pues vemos que muchas de ellas exceden a nuestro saber. Y, por tanto, el que quiere entrar en el santuario de las obras divinas, ha de entrar con mucha humildad y reverencia, y llevar consigo ojos de paloma sencilla y no de serpiente maliciosa,y corazón de discípulo y no de juez temerario. Hágase como niño pequeño, porque a los tales enseña Dios sus secretos. No cure de saber el porqué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él. Mas porque ordinariamente esta tentación es al hombre penosísima, el remedio es el de la pasada, que es no hacer caso de ella, pues más es ésta pena que culpa, porque no puede haber culpa en lo que la voluntad está contraria, como allí se declaró.

Quinto aviso

Algunos hay que son combatidos de grandes temores y fantasías, cuando se apartan sólo de noche a orar. Contra esta tentación el remedio es hacerse el hombre fuerza y perseverar en su ejercicio; porque huyendo crece el temor, y peleando, la osadía. Aprovecha también considerar que ni el demonio, ni otra cosa es poderosa para nos dañar, sin licencia de Nuestro Señor. También aprovecha considerar que tenemos al Ángel de nuestra Guarda a nuestro lado, y en la oración mejor que en otra parte, porque allí existe él para nos ayudar y llevar nuestras oraciones al cielo y defendernos del enemigo, que no nos puede hacer mal.

Sexto aviso

Contra el sueño demasiado, el remedio es considerar que el sueño unas veces procede de necesidad,y entonces el remedio es no negar al cuerpo lo que es suyo, porque no nos impida lo que es nuestro. Otras procede de enfermedad y entonces no debe el hombre congojarse por eso, pues no tiene culpa, ni tampoco debe dejarse del todo vencer, sino hacer de su parte lo que buenamente pudiere, para que del todo no se pierda la oración, sin la cual no tenemos seguridad ni alegría verdadera en esta vida.Otras veces nace el sueño de pereza o del demonio que lo procura. Entonces el remedio es el ayuno, no beber vino, beber poca agua, estar de rodillas, o de pie, o en cruz y no arrimado, hacer alguna disciplina u otra cualquiera aspereza que despierte y punce la carne.

Finalmente, el único y general remedio, así para este mal como para los otros, es pedirlo a Aquel que está aparejado para dar, si hubiere quien siempre le quiera pedir.

Séptimo aviso

Contra las tentaciones de la desconfianza y de la presunción, que son vicios contrarios, es forzado que haya diversos remedios. Para la desconfianza, el remedio es considerar que este negocio no se ha de alcanzar por solas tus fuerzas, sino por la divina gracia,la cual tanto más presto se alcanza, cuando más el hombre desconfía de su propia virtud y confía en sólo la bondad de Dios, a quien todo es posible.

Para la presunción, el remedio es considerar que no hay más claro indicio de estar el hombre muy lejos, que creer que está muy cerca, porque en este camino los que van descubriendo más tierra, ésos se dan mayor prisa por ver lo mucho que les falta; y por eso nunca hacen caso de lo que tienen en comparación de lo que desean. Mírate, pues, como en un espejo, en la vida de los Santos y en las de otras personas señaladas que ahora viven en carne, y verás que eres ante ellos como un enano en presencia de un gigante, y así no presumirás.

Octavo aviso

Contra la tentación del demasiado apetito de saber y estudiar, el primer remedio es considerar cuánto más excelente es la virtud que la ciencia, y cuánto más excelente la sabiduría divina que la humana,para que por aquí vea el hombre cuánto más se debe ocupar en los ejercicios por do se alcanza lo uno que la otra. Tenga la gloria de la sabiduría del mundo, las grandezas que quisiere, que al fin se acaba esta gloria con la vida. Pues, ¿qué cosa puede ser más miserable que adquirir con tanto trabajo lo que tan poco se ha de gozar? Todo lo que aquí puedes saber es nada. Y si te ejercitares en el amor a Dios, presto le irás a ver, y en él verás todas las cosas. "Y el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, sino qué hicimos; ni cuán bien hablamos o predicamos, sino cuán bien obramos". [1]

Noveno aviso

Contra la tentación del indiscreto celo de aprovechar a otros, el principal remedio es que de tal manera entendamos en el provecho del prójimo, que no sea con perjuicio nuestro. Y que de tal manera entendamos en los negocios de las conciencias ajenas, que tomemos tiempo para las nuestras, el cual ha de ser tanto, que baste para traer a la continua el corazón devoto y recogido, porque esto es andar en espíritu, como dice el Apóstol, que es andar el hombre más en Dios que en sí mismo. Pues como esto sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser procurar de tener tan larga y tan profunda oración, que baste para traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento y de devoción, para lo cual no basta cualquier manera de recogimiento y oración, sino es menester que sea muy larga y muy profunda.

---

1. KEMPIS, lib. 1º.

CAPÍTULO V

De algunos avisos necesarios para los que se dan a la oración

Una de las cosas más arduas y dificultosas que hay en esta vida es saber ir a Dios y tratar familiarmente con él. Y por esto no se puede este camino andar sin alguna buena guía, ni tampoco sin algunos avisos para no perderse en él, y por esto será necesario apuntar aquí algunos con la nuestra acostumbrada brevedad. Entre los cuáles, el primero sea acerca del fin que en estos ejercicios se ha de tener. Para lo cual es de saber que (como esta comunicación con Dios sea una cosa tan dulce y tan deleitable, según dice el Sabio) de aquí nace que muchas personas atraídas con la fuerza de esta maravillosa suavidad (que es sobre todo lo que se puede decir) se llegan a Dios y se dan a todos los espirituales ejercicios, así de lección como de oración y uso de Sacramentos, por el gusto grande que hallan en ellos, de tal manera, que el principal fin que a esto les lleva es el deseo de esta maravillosa suavidad. Éste es un muy grande y muy universal engaño en que caen muchos. Porque como el principal fin de todas nuestras obras haya de ser amar a Dios y buscar a Dios, esto más es amar a sí y buscar a sí, conviene saber, su propio gusto y contentamiento, que es el fin que los filósofos pretendían en su contemplación. *Y esto es*

también --como dice un Doctor-- *un linaje de avaricia, lujuria y gula espiritual, que no es menos peligrosa que la otra sensual.*

Y lo que es más, de este mismo engaño se sigue otro no menor, que es juzgar el hombre a sí y a los otros por estos gustos y sentimientos, creyendo que tanto tiene cada uno más o menos de perfección, cuanto más o menos gusta de Dios, que es un engaño muy grande. Pues contra estos dos engaños sirve este aviso y regla general: que cada uno entienda que el fin de todos estos ejercicios y de toda la vida espiritual es la obediencia de los mandamientos de Dios y el cumplimiento de la divina voluntad, para lo cual es necesario que muera la voluntad propia, para que así viva y reine la divina, pues es tan contraria a ella.

Y porque tan gran victoria como ésta no se puede alcanzar sin muy grandes favores y regalos de Dios, por esto principalmente se ha de ejercitar la oración, para que por ella se alcancen estos favores y se sientan estos regalos para salir con esta empresa. Y de esta manera y para tal fin se pueden pedir y procurar los deleites de la oración (según arriba dijimos), como los pedía David cuando decía: *Vuélveme, Señor, la alegría de tu salud, y confírmame con tu espíritu principal* [1]. Pues conforme a esto, entenderá el hombre cuál ha de ser el fin que ha de tener en estos ejercicios, y por aquí también entenderá por dónde ha de estimar y medir su aprovechamiento y el de los otros, conviene saber, no por los gustos que hubiese recibido de Dios, sino por lo que por él hubiese padecido, así por hacer la voluntad divina, como por negar la propia.

Que éste haya de ser el fin de todas nuestras lecciones y oraciones, no quiero traer para esto más argumentos que aquella divina oración o salmo: *Beati immaculati in via* [2], que teniendo ciento setenta y siete versos (porque es el mayor del salterio) no se hallará en él uno solo que no haga mención de la ley de Dios y de la guarda de sus mandamientos, lo cual quiso el Espíritu Santo que así fuese, para que por aquí viesen los hombres como todas sus oraciones y meditaciones se habían de ordenar en todo y en parte a este fin, que es la obediencia y guarda de la ley de

---

1. *Ps., L,* 14.
2. *Ps., CXVIII.,* 1.

Dios, y todo lo que va fuera de aquí, es uno de los muy sutiles y más colorados engaños del enemigo, con el cual hace creer a los hombres que son algo,no siéndolo. Por lo cual dicen muy bien los Santos que la verdadera prueba del hombre no es el gusto de la oración, sino la paciencia de la tribulación, la abnegación de sí mismo y el cumplimiento de la divina voluntad, aunque para todo esto aprovecha grandemente así la oración como los gustos y consolaciones que en ellas se dan.

Pues, conforme a esto, el que quisiere ver cuánto ha aprovechado en este camino de Dios, mire *cuánto crece cada día en humildad interior y exterior. ¿Cómo sufre las injusticias de los otros? ¿Cómo sabe dar pasada a las flaquezas ajenas? ¿Cómo acude a las necesidades de sus prójimos?¿Cómo se compadece y no se indigna contra los defectos ajenos? ¿Cómo sabe esperar en Dios en el tiempo de la tribulación? ¿Cómo rige su lengua? ¿Cómo guarda su corazón? ¿Cómo trae domada su carne con todos sus apetitos y sentidos? ¿Cómo se sabe valer en las prosperidades y adversidades? ¿Cómo se repara y provee en todas las cosas con gravedad y discreción?* Y, sobre todo esto, *mire si está muerto el amor de la honra, y del regalo, y del mundo, y según lo que en esto hubiere aprovechado o desaprovechado, así se juzgue, y no según lo que siente o no siente de Dios.* Y por esto siempre ha de tener él un ojo, y el más principal en la mortificación, y el otro enla oración, porque esa misma mortificación no se puede perfectamente alcanzar sin el socorro de la oración.

Segundo aviso

Y si no debemos desear consolaciones y deleites espirituales para sólo parar en ellos sino por los provechos que nos causan, mucho menos se deben desear visiones o revelaciones o arrebatamientos y cosas semejantes que pueden ser más peligrosas a los que no están fundados en humildad. Y no tenga el hombre miedo de ser en esto desobediente a Dios, porque cuando Él quiere revelar algo, Él lo sabe descubrir por tales modos que por más que el hombre huya Él se lo certificará de manera que no pueda dudar aunque quiera.

Tercer aviso

Debe asimismo ser avisado en callar los favores o regalos que Nuestro Señor le hiciere, si no fuere a sólo su maestro espiritual Por lo cual dice San Bernardo que el varón devoto ha de tener en la celda escritas estas palabras [1] *Mi secreto para mí, mi secreto para mí.*

Cuarto aviso

También debe el hombre tener aviso de tratar con Dios con la mayor humildad y reverencia que le sea posible, de manera que nunca el ánima ha de estar tan regalada y favorecida de Dios, que no vuelva los ojos hacia dentro y mire su vileza y recoja sus alas y se humille delante de tan grande majestad, como lo hacía San Agustín, de quien se dice [2] *que había aprendido a alegrarse en la presencia de Dios con temor.*

Quinto aviso

Dijimos arriba que el siervo de Dios ha de trabajar para tener sus tiempos señalados para vacar a Dios, pues allende de este ordinario de cada día debe desocuparse a tiempos de todo género de negocios, aunque sean tantos, para entregarse del todo a los espirituales ejercicios, y dar a su ánima un abundante pasto, con el cual se reparte lo que con los defectos de cada día se gasta, y se cobren nuevas fuerzas para pasar adelante. Y aunque esto se debe hacer en otros tiempos más especialmente se debe hacer en las fiestas principales del año y en los tiempos de tribulaciones y trabajos, y después de algunos caminos largos y de algunos negocios que han causado distraimiento y derramamiento en el corazón para tornar a recogerlo.

---

1. *Serm.*, 23 *sup. cant.*

2. En su vida.

Sexto aviso

Algunos hay también que tienen poco tiempo y discreción en sus ejercicios cuando les va bien con Dios. A los cuáles su misma prosperidad viene a ser ocasión de su peligro. Porque hay muchos a quien parece que se les da esta gracia a manos llenas, los cuáles, como hallan tan suave la comunicación del Señor, entréganse tanto a ella y alargan tanto los tiempos de la oración y las vigilias y asperezas corporales, que la naturaleza, no pudiendo sufrir a la continua tanta carga, viene a dar con ella en tierra.

De donde nace que muchos vienen a estragarse los estómagos y la cabeza, con lo que se hacen inhábiles no sólo para los otros trabajos corporales, sino también para esos mismos ejercicios de oración.

Por lo cual conviene tener mucho tiento en estas cosas, mayormente a los principios, donde los fervores y consolaciones son mayores,y la experiencia y discreción menos, para que de tal modo tratemos la manera de caminar que no faltemos a medio camino.

Otro extremo contrario es el de los regalados, que, so color de discreción, hurtan el cuerpo a los trabajos, el cual, aunque en todo género de persona sea muy dañoso, mucho más lo es en los que comienzan, porque, como dice San Bernardo [1], *imposible es que persevere mucho en la vida religiosa el que siendo novicio es ya discreto;* siendo principiante, quiere ser prudente, y siendo aún nuevo y mozo, comienza a tratarse y regalarse como viejo.

Y no es fácil de juzgar cuál de estos dos extremos sea más peligroso, sino que la indiscreción (como dice muy bien Gerson) es más incurable porque mientras el cuerpo está sano esperanza hay que podrá haber remedio; mas después de ya estragado con la indiscreción, mal se puede remediar.

---

1. *Ad fratres de Mont.*

Séptimo aviso

Otro peligro hay también en este camino, y por ventura mayor que todos los pasados, el cual es que muchas personas, después que algunas veces han experimentado la virtud inestimable de la oración y visto por experiencia cómo todo el concierto de la vida espiritual depende de ella, paréceles que ella sola es el todo, y que ella sola basta para ponerlos en salvo, y así vienen a olvidarse de las otras virtudes y aflojar en todo lo demás. De donde también procede que, como todas las otras virtudes ayuden a esta virtud, faltando el fundamento, también falta el edificio; y así, mientras el hombre procura esta virtud, menos puede salir con ella.

Por esto, pues, el siervo de Dios debe poner los ojos no en una virtud sola, por grande que sea, sino en todas las virtudes; porque así como en la vihuela una sola voz no hace armonía si no suenan todas, así una virtud sola no basta para hacer esta espiritual consonancia si todas no responden con ella. Y así como un reloj si se embaraza un solo punto para todo, así también acaece en el reloj de la vida espiritual si falta una sola virtud.

Octavo aviso

Aquí también conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se dispone para la divina gracia; ocupándose diligentemente en ellos, y quitando la confianza de ellos y poniéndola en sólo Dios. Digo esto porque hay algunas personas que hacen como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas de él, por virtud de ellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud de ellas, alcanzará luego lo que desea, sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor.

Pues por esto conviene tomar estos negocios no como cosa de

arte, sino como de gracia, porque tomándolo de esta manera sabrá el hombre que el principal medio que para esto se requiere es una profunda humildad y conocimiento de su propia miseria, con grandísima confianza en la divina misericordia, para que del conocimiento de lo uno y de lo otro procedan siempre continuas lagrimas y oraciones, con las cuáles, entrando el hombre por la puerta de la humildad, alcance lo que desea por humildad y lo conserve con humildad y lo agradezca con humildad, sin tener ninguna repunta de confianza, ni en su manera de ejercicios, ni en cosa que sea suya.

FIN DEL LIBRO DE LA ORACION

Carta de San Pedro de Alcántara a Santa Teresa de Jesús

El Espíritu Santo hincha el alma de Vuestra Merced: Una suya vi, que me enseñó el Sr. Gonzalo de Aranda: y cierto que me espanté que Vuestra Merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad, porque si fuera cosa de pleitos o caso de conciencia, bien era tomar parece de juristas y teólogos; mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven; porque no tiene ordinariamente uno más conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra; y en los consejos evangélicos no hay que tomar parecer si será bien seguirlos o no, o si son observables o no, porque es ramo de infidelidad. Porque el consejo de Dios no puede dejar de ser bueno, ni es dificultoso de guardar si no es a los incrédulos y a los que fían poco de Dios, y a los que se gobiernan por prudencia humana; porque el que dio el consejo, dará el remedio, pues que lo puede dar.

Ni hay algún hombre bueno que dé consejo que no quiera que salga bueno, aunque de nuestra naturaleza seamos malos;

¡cuánto más el soberanamente bueno y poderoso quiere y puede que sus consejos valgan a quien los siguiere! Si Vuestra Merced quisiere seguir el consejo de Jesucristo de mayor perfección en materias de pobreza, sígalo; porque no se dio más a hombres que a mujeres y Él hará que le vaya muy bien como ha ido a todos los que le han seguido. Y si quiere tomar consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta, a ver si le valen ellos y ella más que el carecer de ella, por seguir el consejo de Cristo.

Que si vemos falta en monasterios de mujeres pobres es porque son pobres contra su voluntad y por no poder más y no por seguir el consejo de Cristo; que yo no alabo simplemente la pobreza sino la sufrida con paciencia por amor de Cristo nuestro Señor y mucho más la deseada, procurada y abrazada por amor; porque si yo otra cosa sintiese o tuviese con determinación ni me tendría por seguro en la fe.

Yo creo en esto y en todo a Cristo Señor nuestro y creo firmemente que sus consejos son buenos, como consejos de Dios. Y creo que aunque no obliguen a pecado, que obligan a un hombre a ser más perfecto siguiéndolos que no los siguiendo. Digo que le obligan, que le hacen más perfecto a lo menos en esto y más santo y más agradable a Dios. Tengo por bienaventurados, como su Majestad lo dice, a los pobres de espíritu, que son los pobres de voluntad; téngolo visto, aunque creo más a Dios que a mi experiencia; y que los que son de todo corazón pobres, con la gracia del Señor, viven vida bienaventurada, como en esta vida la viven los que aman, confían y esperan en Dios.

Su Majestad dé a Vuestra Merced luz para que entienda estas verdades y las obre. No crea a los que la dijeren lo contrario, por falta de luz o por incredulidad o por no haber gustado cuán suave es el señor a los que le temen y aman y renuncian por su amor todas las cosas del mundo no necesarias, para su mayor gloria; porque son enemigos de llevar la cruz de Cristo, y no creen la gloria que después de ella se sigue.

Y asimismo dé la luz a Vuestra Merced para que en verdades tan , manifiestas no vacile ni tome pareceres sino de seguidores de los consejos de Cristo, que aunque los demás se salven si guardan lo que son obligados, comúnmente no tienen luz para más de lo que obran; y aunque su consejo sea bueno, mejor es el

de Cristo Señor nuestro, que sabe lo que aconseja y da favor para cumplirlo y da al fin el pago a los que confían en Él y no en las cosas de la tierra.

De Ávila y abril 14 de 1562.
Humilde capellán de Vuestra Merced,
Fr. Pedro de Alcántara.

Dictamen de 33 puntos sobre el buen espíritu de Santa Teresa

1. El fin de Dios es llevar un alma a Sí y el del demonio es apartarla de Dios. Nuestro Señor nunca pone medios que aparten a uno de Sí, ni el demonio que lleven a Dios. Todas las visiones y las demás cosas que pasan por ella la llevan más a Dios y la hacen más humilde, obediente, etc.

2. Doctrina es de Santo Tomás y de todos los santos que en la paz y quietud del alma que deja el Ángel de luz, se conoce. Nunca tiene estas cosas que no quede con grande paz y contento, tanto que todos los placeres de la tierra juntos la parecen no son como el menor.

3. Ninguna falta tiene ni imperfección de que no sea reprendida del que la habla anteriormente.

4. Jamás pidió ni deseó estas cosas sin cumplir en todo la voluntad de Dios Nuestro Señor.

5. Todas las cosas que le dice van conformes a la Escritura Divina y a lo que la Iglesia enseña y son muy verdaderas en todo rigor escolástico.

6. Tiene muy grande puridad de alma, gran limpieza, deseos ferventísimos de agradar a Dios y a trueco de esto atropella a cuanto hay en la tierra.

7. Hanle dicho que todo lo que pidiese a Dios, siendo justo, lo hará. Muchas ha pedido y cosas que no son para carta por ser largas y todas se las ha concedido Nuestro Señor.

8. Cuando estas cosas son de Dios siempre son ordenadas para bien propio, común o de alguno. De su aprovechamiento tiene experiencia y del de otras muchas personas.

9. Ninguno la trata, si no lleva prava disposición, que sus cosas no le muevan a devoción, aunque ella no lo dice.

10. Cada día va creciendo en la perfección de las virtudes y siempre la enseñan cosas de mayor perfección. Y así, en todo su discurso de tiempo, en las mismas visiones ha ido creciendo de la manera que dice Santo Tomás.

11. Nunca le dicen novedades sino cosas de edificación, ni le dicen cosas impertinentes. De algunos le han dicho que están llenos de demonios; pero para que entienda cuál está un alma cuando mortalmente ha ofendido al Señor.

12. Estilo es del demonio cuado pretende engañar avisar que callen lo que les dicen; mas a ella le avisan que lo comunique con letrados siervos del Señor y que cuando callare por ventura la entregará el demonio.

13. Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas y la buena edificación que da con su ejemplo que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento

14. Estas cosas ordinariamente le vienen después de larga oración y de estar muy puesta en Dios y abrasada en su amor o comulgado.

15. Estas cosas le ponen grandísimo deseo de acertar y que el demonio no la engañe.

16. Causen en ella profundísima humildad; conoce lo que recibe ser de la mano del Señor y lo poco que tiene de sí.

17. Cuando está sin aquellas cosas suélenle dar pena y trabajo cosas que se la ofrecen; en viniendo aquello no hay memoria de nada sino gran deseo de padecer y de esto gusta tanto que se espanta.

18. Cáusanle holgarse y consolarse con los trabajos, murmuraciones contra sí, enfermedades y así las tiene terribles de corazón, vómitos y otros muchos dolores, los cuáles cuando tiene las visiones todos se le quitan.

19. Hace muy grande penitencia con todo esto de ayunos, disciplinas y mortificaciones.

20. Las cosas que en la tierra le pueden dar contento alguno y los trabajos, que ha padecido muchos, sufre con igualdad de ánimo, sin perder la paz y quietud de su alma.

21. Tiene gran firme proposito de no ofender al Señor, que

tiene hecho voto de ninguna cosa entender que es más perfección o que se la diga quien lo entienda, que no la haga y por tener por santos, a los de la Compañía y parecerle que por su medio Nuestro Señor le ha dado tantas mercedes, me ha dicho a mí que si no tratarlos supiese que es más perfección, que para siempre jamás no les hablaría ni vería, con ser ellos los que la han quietado y encaminado en estas cosas.

22. Los gustos que ordinariamete tiene y sentimientos de Dios y derretirse en su amor es cierto que espanta y con ellos se suele estar casi todo el día arrebatada.

23. En oyendo hablar de Dios con devoción y fuerza se suele arrebatar muchas veces y con procurar resistir no puede,y queda entonces tal a los que la ven que pone grandísima devoción.

24. No puede sufrir a quien la trata que no le diga sus faltas y no la reprenda, lo cual recibe con grande humildad.

25. Con estas cosas no puede sufrir a los que están en grado de perfección que no la procuren tener conforme a su Instituto.

26. Está despegadísima de parientes, de querer tratar con las gentes, amiga de soledad; tiene grande devoción con los Santos y en sus fiestas y misterios que la Iglesia representa tiene grandísimos sentimientos de Nuestro Señor.

27. Si todos los de la Compañía y siervos de Dios que hay en la tierra le dicen que es demonio o dijesen, teme y tiembla antes de las visiones; pero estando en oración o recogimiento, aunque la hagan mil pedazos, no se persuadirá sino que es Dios el que trata y habla.

28. Hale dado Dios un tan fuerte y valeroso ánimo que espanta. Solía ser temerosa; agora atropella a todos los demonios. Es muy fuera de melindres y niñerías de mujeres, muy sin escrúpulos, es rectísima.

29. Con esto le ha dado Nuestro Señor el don de lágrimas suavísimas, grande compasión de sus prójimos, conocimiento de sus faltas, tener en mucho a los buenos, abatirse a sí misma. Y digo cierto que ha hecho provecho a hartas personas e soy yo una.

30. Trae ordinaria memoria de Dios y sentimiento de su presencia.

31. Ninguna cosa le han dicho jamás que no haya sido asi y no se haya cumplido y esto es grandísimo argumento.

32. Estas cosas causan en ella una claridad de entendimiento y una luz en las cosas de Dios admirable.

33. Que le dijeron que mirase las Escrituras y no se hallaría que jamás alma que deseaba agradar a Dios hubiese estado engañada tanto tiempo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 3
Estudiante ejemplar - Francisca 4
Superior a los 20 años 5
Misionero Doctor místico..... 6
Da principio a la reforma franciscana 7
Ayuda a Santa Teresa 9
Muerte Santísima..... 11

TRATADO DE LA ORACIÓN..... 13

PRIMERA PARTE

I. DEL FRUTO QUE SE SACA DE LA ORACIÓN YMEDITACION..... 17
II. DE LA MATERIA DE LA MEDITACIÓN. 21
Meditación para el lunes..... 22
Meditación para el martes..... 25
Meditación para el miércoles..... 29
Meditación para el jueves 32
Meditación para el viernes..... 34
Meditación para el sábado 37
Meditación para el domingo 39
III. DEL TIEMPO Y FRUTO DE ESTAS MEDITACIONES SUSODICHAS..... 43
IV. DE LAS OTRAS SIETE MEDITACIONES DE LA SAGRADA PASIÓN Y DE LA MANERA QUE HABEMOS DE TENER EN MEDITARLA..... 44
Meditación para el lunes..... 47
Meditación para el martes..... 50
Meditación para el miércoles..... 53
Meditación para el jueves 55
Meditación para el viernes..... 59
Meditación para el sábado 62
Meditación para el domingo 65

V. DE SEIS COSAS QUE PUEDEN INTERVENIR EN EJERCICIO DE LA ORACIÓN 69
VI. DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA ANTES DE LA ORACIÓN 71
VII. DE LA LECCIÓN 73
VIII. DE LA MEDITACIÓN..... 75
IX. DEL HACIMIENTO 77
X. DEL OFRECIMIENTO..... 79
XI. DE LA PETICIÓN 81
XII. DE ALGUNOS AVISOS QUE SE DEBEN TENER EN ESTE SANTO EJERCICIO 87

SEGUNDA PARTE

I. QUE COSA SEA DEVOCIÓN..... 97
II. DE NUEVE COSAS QUE AYUDAN A ALCANZAR LA DEVOCIÓN 101
III. DE DIEZ COSAS QUE IMPIDEN LA DEVOCIÓN 103
IV. DE LAS TENTACIONES MÁS COMUNES QUE SUELEN FATIGAR A LOS QUE SE DAN A LA ORACIÓN, Y DE SUS REMEDIOS..... 105
V. DE ALGUNOS AVISOS NECESARIOS PARA LOS QUE SE DAN A LA ORACIÓN 111

* Carta de San Pedro de Alcántara a Santa Teresa de Jesús 117

* Dictamen de 33 puntos sobre el buen espíritu de Santa Teresa..... 119